LOS TESTIGOS DE MADIGAN

REVISTA DIGITAL LITERARIA JULIO 2026 **Número 31**

Directorio

Coordinación general

Laura Elena González

Jorge Humberto Chávez

Diseño

Sergio Grande

Corrección

Montserrat Morales

Relaciones públicas y comercialización

Rocío Arellano

Alejandra Elías

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

Los Testigos de Madigan es una revista independiente, publicada por el colectivo del mismo nombre. Su registro se encuentra en trámite y su aparición es trimestral. Los textos son responsabilidad de sus firmantes pero la revista asume su plena competencia sobre los juicios y valoraciones de carácter literario, que al Consejo Editorial le permiten justificar su inclusión en cada número. Sólo se publicarán colaboraciones previamente solicitadas y dictaminadas por dicho consejo.

Consejo editorial

Armando Adame, Gaspar Aguilera, Armando Alanís Pulido, Juan Antonio Alfaro, Luis Armenta Malpica, Rocío Arellano, Juan Manuel Bonilla, Félix Barbosa, Daniel Bencomo, Saúl Castro, Fernando Carrillo, Joaquín Cosío, Roberto Colis, Miguel Ángel Chávez, Jorge Humberto Chávez, Luis Humberto Crostwaithe, Miguel Ángel Díaz, Miguel Donoso Gutiérrez, Alejandra Elías, José María Espinasa, Roberto Carlos Gámez, Alejandro García Ortega, Violeta García, José Isabel Hernández, Eudoro Fonseca, Joel Flores, Julián Herbert, Ana María Jaramillo, José Ángel Leyva, Gonzalo Lizardo, Claudia Luna, Élmer Mendoza, Citlalli Mendoza, Julián Mitre, Juan José Macías, Nicolás Minelli, Jesús Navarrete Lezama, David Ojeda Sánchez, Christian Ramos, José Luis Rico, Édgar Rincón, Diego Romo, Víctor Roura, José de Jesús Sampedro, César Silva, Josué Sánchez, José Eugenio Sánchez, Magali Velasco, Francisco Velázquez, Marco Vieyra y Noé Zavala.

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

Si gustas colaborar con nosotros, aportando alguna obra literaria o pieza artística para su difusión, escríbenos a:

lostestigosdemadigan@gmail.com

El contenido vertido en cada uno de los textos de esta revista es de exclusiva responsabilidad de su autor, cuyo estilo y libertad de expresión se respetan íntegramente, y no reflejan necesariamente los criterios editoriales de Los Testigos de Madigan

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

Editorial

El solsticio de verano nos sorprendió entre las expresiones de gozo de la afición y las contradicciones de quienes administran los beneficios de la veneración por el dios redondo. Pero finalizada la justa deportiva, empezamos a recobrar el sentido de lo cotidiano fuera de la apremiante condición que nos imponen el espectáculo y los excesos del fútbol.

Y aun estaba por llegar la reinterpretacion del héroe fundacional proveniente de un pasado legendario y de la épica de un aedo cuya obra -sospecho- muy pocos han visitado. Odiseo o Ulises ha vuelto recreado y sonoro para recordarnos valores individuales y colectivos; acciones cuyas consecuencias han dejado una huella imborrable en la historia de Occidente, pero principalmente en la psique de quien es un veterano de guerra, según la versión de la Odisea de Christopher Nolan.

Así abrimos esta edición de *Los Testigos de Madigan*, con un texto de David Ojeda publicado hace quince años, en la sección cultural del diario El Financiero, cuya vigencia es una provocación reflexiva. En su colaboración, Ojeda analiza la paradoja que encierra "el pesimismo cultural" y en su deriva llama nuestra atención hacia *la efervescencia que el supremacismo racial parece recobrar en distintas partes del mundo.*

En este número destacan las narraciones. Eduardo Marceleño García nos presenta el recuerdo o, mejor dicho, la mirada en retrospectiva, sin prejuicios, sobre los conflictos y las transformaciones apenas visibles, que permean el mundo y la experiencia de los adolescentes de cara a la conducta incomprensible de los adultos:

> "La gente entra y sale constantemente de nuestras vidas, de manera aleatoria se aparecen como fantasmas del pasado en el presente, y es muy posible que también se aparezcan en el futuro. Un ciclo, una rueda que gira y gira frente a tus ojos, furiosa, alimentando todo tipo de dolores. También hay quien se queda al margen de nuestras historias. ¿Qué papel darles entonces a todos ellos? A qué saberlo…"

Francisco Velázquez con su texto *Un día en la Ciudad de México* reafirma su capacidad como cronista de la vida citadina; y en esta ocasión, narra los avatares que representa desplazarse a través del

sistema público de transporte; como tema sello de sus narraciones destaca un aspecto controversial del mundo de la escritura: el plagio.

Mónica Menargues Beneyte nos entrega dos cuentos de su libro *La vida es vertical*, obra que, según la reseña de Jesús Navarrete Lezama, es "una radiografía luminosa y profundamente humana de la infancia, la familia, la enfermedad, el dolor y la pérdida."

Incluimos una selección de poemas del legendario poeta brasileño Roberto Piva, cuya poesía, con una fuerte carga erótica y de extravagante conducta experimental, fue un acontecimiento en el Brasil de los sesenta, a tal grado que le mereció el calificativo de "poeta maldito". La traducción es de Sergio Ernesto Rivas.

Por su parte Miguel Díaz en su solicitada sección RADIO MADIGAN, demuestra que nada es lo que parece y nos entrega una relación variopinta de diez *singles* de géneros como el post- punk, rap, funk, cumbia, techno, soul o jazz, cuyos temas recorren parte del laberinto de los intereses del mundo de la música y a su vez conforman el horizonte de los gustos.

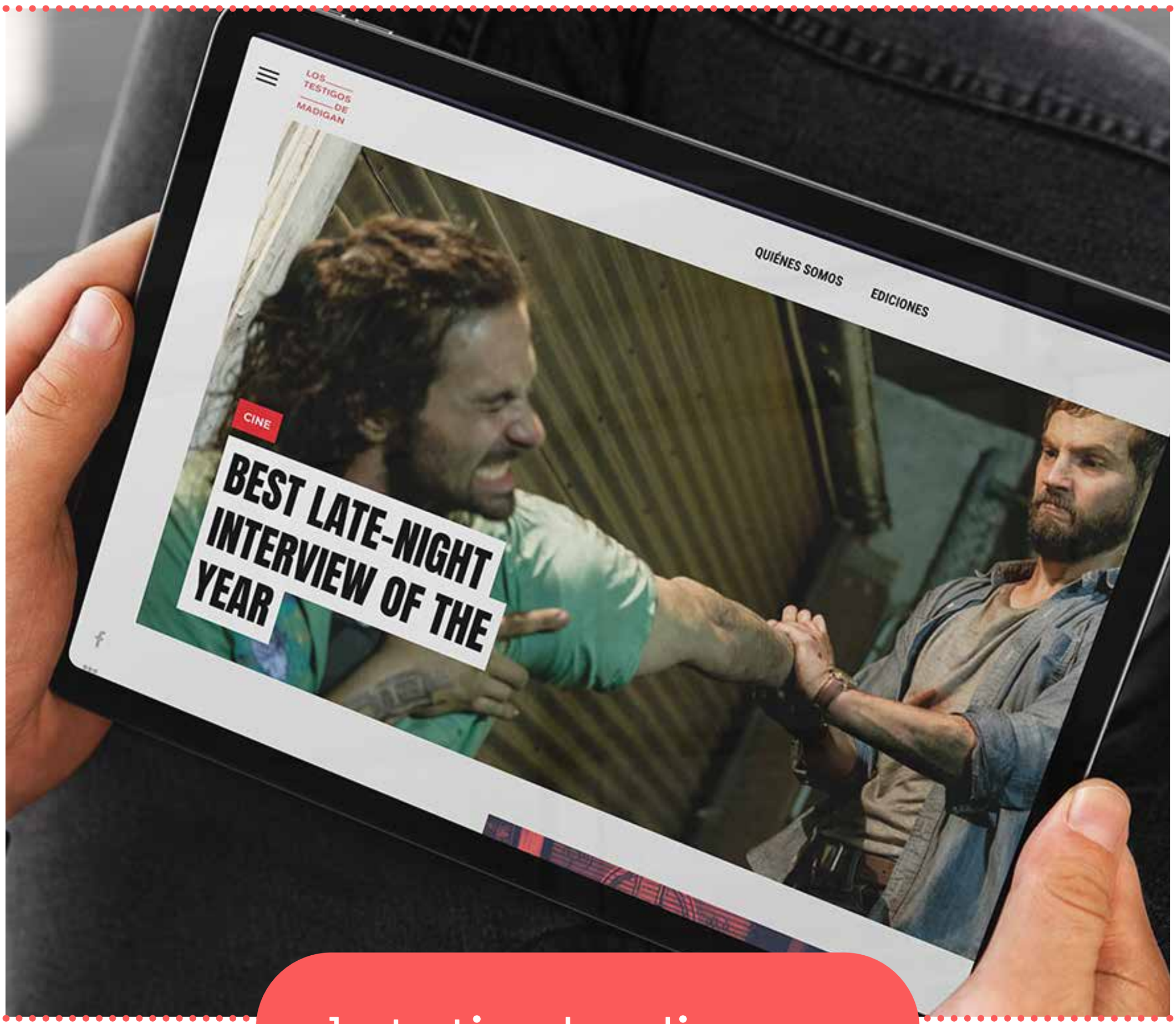
Hemos incluido cuatro colaboraciones relacionadas con la memoria del cuarto Encuentro de Posturas Críticas que se llevó a cabo en el mes de diciembre 2025, en Aguascalientes y Michoacán. Se contó con doce propuestas entre individuales y colectivas, de las cuales tomamos un texto introductorio de Juan Álvarez y tres ensayos: el primero, a cargo de Edwin Ricardo Bravo Verdugo, versa sobre las opciones de la escuela en el panorama actual; el segundo, de Ana Karen Sánchez Reyes "busca establecer un correlato entre diversos acontecimientos (…) de la historia de México a lo largo de las últimas décadas, (…) el movimiento del 68, la desaparición forzada de los estudiantes de Ayotzinapa y el (…) rancho Izaguirre", mientras que el tercero, firmado por Mario Gutiérrez Díaz analiza el sentido del postpunk "en un presente sin garantías, donde el futuro se volvió un ruido de fondo."

Las pausas gráficas corren a cargo de Ana del Pantano, Areli Escobedo Kun y Brenda Tapia.

Porque el olvido es la muerte de la identidad, mi nombre es nadie, respondió el hijo de Laertes, pero al revelar, ¡oh hubris!, su verdadero nombre la maldición de Poseidón lo persiguió hasta que, desnudo y sin pertenencia alguna, arribó a las playas de Ítaca.

Verano 2026

Ediciones anteriores



lostestigosdemadigan.com

Podcast

Episodio 30

https://rb.gy/u2o95f

Escuchar en Spotify

Síguenos

@lostestigosdemadigan

Índice

9
MEMORIAL
David Ojeda
Supremacismo y decadencia

14
CUENTO
Eduardo Marceleño
No buscamos nada en el cielo

30
POESÍA
Roberto Piva
20 poemas con brócoli

34
CRÓNICA
Francisco Velázquez
Un día en Ciudad de México

42
CUENTO
Mónica Menargues Beneyte
Dos cuentos de *La vida es vertical*

48
RESEÑA
Jesús Navarrete
***La vida es vertical* de Mónica Menargues**

50
MÚSICA
Miguel Díaz
10 singles

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

Índice

56
RESEÑA
Juan Álvarez
Encuentro de Posturas Críticas (Introducción)

65
ENSAYO
Edwin Ricardo Bravo Verdugo
La escuela, ¿transformarla o desarticularla?

74
ENSAYO
Ana Karen Sánchez Reyes
Crímenes de Estado, guerra y muerte: movimiento del 68, Ayotzinapa y el rancho Izaguirre

81
MÚSICA
Mario Gutiérrez Díaz
Bailar sobre los escombros. El postpunk como banda sonora del interregno postsoviético

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

MEMORIA

SUPREMACISMO y DECADENCIA*

David Ojeda

* Publicado en marzo del 2011 en El Financiero

David Ojeda

Supremacismo y decadencia

Al escuchar conceptos como «verdad jurídica» o «cosa juzgada» -los que pueden estar en flagrante contradicción con la realidad, ya sean conductas o acontecimientos, que da lugar a ellos-, mantengo la certeza de que lo que llamamos verdad, más allá de los hechos constatables y en curso, es por lo común palabrería. Y que, incluso, ante los acontecimientos inmediatos hay siempre ponderaciones que vienen a ser productos de perspectivas y experiencias personales.

Así, con una permanente curiosidad hacia la historiografía, el escepticismo me mantiene en guardia ante ese cuerpo del conocimiento. Pues, ¿son los hechos históricos un mero relato?; ¿acaso no existe la «verdad» histórica sino hasta que es demostrada por el investigador que se sumerge en un mar de documentos para reconstruirla y desplegarla?; ¿el relato histórico debe dedicarse a recrear acontecimientos o a describir las relaciones y los efectos sociales de ellos?; ¿cuál es el grado de «contaminación» que le es impuesto al relato histórico por la perspectiva temporal y la postura social del historiador?

En esta materia, una de las tendencias más interesantes y fructíferas en la historiografía contemporánea se dedica a describir las corrientes de ideas que explican y fundamentan el desarrollo humano. Tal es el caso de un libro cuya lectura me resultó muy fructífera y estimulante hace un poco más de diez años: *La idea de decadencia en la historia occidental*, de Arthur Herman (Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1998).

En la introducción de este volumen, Herman anota lo que viene a ser la consideración medular de su estudio, a saber: «Vivimos en una época en que el pesimismo es la norma y no la excepción» (p. 11). Después, a lo largo de los primeros capítulos nos asomamos a lo que su autor considera las fuentes del «pesimismo cultural». Ahí

nos proporciona nombres y tradiciones de pensamiento que desembocan en algunos de los ideólogos cuyas hipótesis y posturas -más o menos apocalípticas y delirantes en algunos casos- dan lugar a episodios históricos tan terribles como el holocausto hebreo propiciado por el nacional-socialismo de Hitler y sus secuaces.

Con todo, a pesar de que el hombre moderno vive en un mundo «que se despeña en el abismo de la desesperación», sostiene Herman que «el pesimismo cultural [...] incluye, paradójicamente, un mensaje de esperanza [...] A fin de cuentas, lo que cuenta para el pesimista cultural no es aquello que se creará sino aquello que se destruirá, a saber, nuestra enferma sociedad moderna. Para el pesimista cultural, pues, las malas noticias son buenas noticias» (pp. 18-19).

Después, consignando las bases y el desarrollo de las ideas del francés, Arthur de Gobineau, Herman refiere el surgimiento supremacista del nacional-socialismo hitleriano. Gobineau, nació el 14 de julio de 1816. Su padre, Luis de Gobineau, fue un noble que luchó del lado realista durante la Revolución Francesa. Luego, venido a menos, vivió con una u otra pensión y murió amargado. Ello hizo que su hijo, Arthur, desarrollara cierto delirio de grandeza en relación con su pasado aristocrático, llegando alrededor de 1831 a París con la pretensión de dedicarse a la creación literaria. Su falta de éxito en el empeño lo condujo, finalmente, a la investigación historiográfica. De este modo, en 1853 Gobineau publicó su principal obra: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Ahí volcó buena parte de su revanchismo social e histórico, reaccionario y aristocratizante.

En su libro, Gobineau da forma por primera vez al mito de la «raza aria». Fuente original de esplendor humano, la raza aria -según Gobineau- fue mermada por el mestizaje a lo largo de centurias. Esa decadencia, sin embargo, podía terminar mediante el es-

fuerzo y la beligerancia de los diversos focos de pureza racial aria que él contemplaba: la aristocracia francesa, entre ellos. En su obra Gobineau llegó a escribir esta consigna: «Dejad la debilidad y los escrúpulos para las mentes pequeñas, la calaña de los inferiores».

Y ahora escribo todo esto para llamarle su atención hacia la efervescencia que el supremacismo racial parece recobrar en distintas partes del mundo, despertando reacciones igual de irracionales y violentas. Pues hasta en nuestro país, como usted lo sabe, ante los ojos de funcionarios y políticos, de los grandes empresarios y del crimen organizado -e incluso de algún tipo de intelectuales y comunicadores- las mayorías somos «calaña de los inferiores».

PAUSA GRÁFICA

Ana del Pantano

IG: @anitavonballmoos

Ce n'est pas un crapaud

Técnica: Impresión de grabado en linóleo

Medidas: 35 x 23 cm

Año: 2025

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

CUENTO

NO BUSCAMOS NADA EN EL CIELO

Eduardo Marceleño García

Ema

Seguramente Ema lo recuerda tan bien como yo. Mejor que yo, definitivamente. Lo recuerda tan bien que lleva muchos años viviendo en otro lugar. Aunque nunca me lo dijo, porque tampoco yo se lo pregunté, era inevitable sentir vergüenza aquel día de la reunión en casa de sus padres.

No le he contado esto a nadie. Como he dicho antes, tampoco lo comenté con ella, que lo vivimos juntos.

Ema y yo no éramos novios, tampoco nos gustábamos. O tal vez, ahora que lo escribo, a mí sí me gustaba, aunque en aquel momento yo era incapaz de reconocer lo que pasaba. Estábamos en la preparatoria, nos conocimos gracias a un amigo en común y de un momento a otro ya íbamos de paseo juntos, primero de a poco y cada vez más seguido. Nuestra amistad creció en silencio, sin anticiparlo, pero de forma acelerada. En el breve transcurso de algunos meses ya pasábamos todo el día juntos. Lo de Ema y yo era una cosa simple que vino a algo más. Tan inocente como lo es todo en su inicio. Parecido al primer escarceo, cuando de niño entras a chapotear a la playa y en menos de lo que te imaginas ya estás bien metido en el mar.

Nos gustaba salir a caminar, durábamos las horas. Llegaba la noche antes de que pudiéramos anticiparlo, como si ninguno de los dos estuviera cansado. Recorríamos media ciudad parando a veces en el parque o en la plaza comercial, a descansar o a hacerle una visita al baño. Caminábamos y hablábamos. Cada paso apenas y se sentía, fluíamos al ritmo de una conversación que nos parecía interminable. Algunas veces todo eran naderías, y en otras nos quedábamos en silencio, aunque contentos de saber que no teníamos obligación alguna de decir algo y disfrutar de esa quietud absoluta, muy parecida a la tranquilidad total que solo son capaces de dar una o dos personas a lo largo de toda una vida. Si me preguntas a mí, te diré que no recuerdo de qué trataron aquellas conversaciones, tan solo conservo la sensación, viva todavía, de bienestar

que dejaban en mí cada uno de esos paseos junto a Ema. En el camino de regreso me gustaba acompañarla hasta su casa, pensando que llegaría mejor conmigo que sin mí.

Los domingos, en cambio, eran diferentes. Nos gustaba ir al jardín del Centro por un raspado de nuez con leche. Nos tumbábamos sobre el césped para mirar al cielo, como si algo se nos hubiera perdido allá arriba. Luego bajaban nuestras mentes nuevamente al jardín, y ya, tocando tierra, nuestros pensamientos tomaban la forma de chistes tontos, para nada graciosos, que, con tal de no dejarnos en ridículo entre nosotros, mejor hasta reíamos.

Un día, tras volver de la ciudad, llegamos a su casa muertos de hambre, esta vez rendidos. Habíamos caminado bajo el sol por horas, no teníamos dinero y la sed nos alcanzó antes de que pudiéramos seguir hablando. Volvimos buscando comida, con el uniforme mojado en sudor y el cabello alegremente desordenado, aunque Ema tuviera un par de caireles que caían sobre su frente y que nunca se movían de su lugar y hacía que se viera verdaderamente preciosa.

Recuerdo a la madre de Ema como una mujer servicial, hermosa y triste al mismo tiempo, moviéndose de un lado a otro con lentitud, renunciando a toda premura conocida. Con el movimiento involuntario de quien memorizó la distribución de su casa hace muchos años, capaz de desplazarse de arriba a abajo, izquierda o derecha, y en todas esas direcciones posibles no encontrar ni destino ni pretexto para seguir andando.

En casa, mi abuela nos enseñó a no comer en casas ajenas, pero al tratarse de Ema me permitía pasar por alto esta máxima familiar, tomarme una pequeña licencia en favor de ella, que no travesura, y que, mirándose mejor, el embrión inexacto de una decisión adulta.

Su madre nos sirvió de comer a la mesa una sopa de fideos que tenía muy buena pinta y olía a tomate y pollo. Ema descalificó la sopa al instante, informando que se trataba de “otra sopa más del

supermercado”, como si tuviera vergüenza o asco o puede que ambas cosas al mismo tiempo.

Nada de discusiones, tampoco regaños. La madre lo dejó todo tal cual estaba. Luego se encerró en su habitación para no salir el resto de la tarde. A menudo, la madre de Ema pasaba largas temporadas encerrada. Hacía falta la cosa más tonta para dejarse al encierro. De manera invisible, aunque no menos presente, siempre deambula esa idea ajena, un susurro inaudible, que convierte algo bueno en algo pésimo. No hay manera de que aun ahora, después de tantos años, ya sea en la alacena de alguien más, o en la mía, en la televisión o en los anaqueles del supermercado, los sobres de sopa me recuerden los tristes encierros de la madre de Ema.

Tan tranquila estaba Ema con su rechazo que nos fue fácil ponernos a competir en el Scrabble y abrir un paquete de Doritos. Tumbados en la alfombra de la sala, alcancé a mirar dentro de su blusa, donde tres botones se habían abierto dejando entrever el camino que llevaba a unos senos que habían aumentado su tamaño en la perfecta simetría que tienen dos gotas de agua.

Por supuesto, ni caso tenía hablar del encierro de su madre, ni mucho menos preguntar o decir algo que sugiriera una indirecta. Supongo que nuestra amistad se fortalecía con la sensatez del uno y del otro, y si ahora le llamo sensata a aquella cruel omisión no es por otra cosa que la de dar por hecho que lo mejor era, en todo caso, callarnos la boca ante situaciones que por supuesto no entendíamos, ¿o era yo el único que ignoraba todo lo que ocurría a su alrededor en la más tierna adolescencia y no ella? También dar por hecho que ciertas cosas estaban resueltas sin tener que hacer absolutamente nada salvo callar. Callar, nuestra virtud entre todas las virtudes que uno puede tener cuando tiene apenas dieciséis años encima. Ese acuerdo implícito que nos funcionaba y nos unía.

Que Ema no hablara no significaba que yo diera las cosas por buenas. Era capaz de entender, sin dar espacio a la duda, que, si algo no andaba bien, lo mejor era verla a ella tranquila. Me bas-

taba el silencio para no tener que buscar, ni perseguir o acorralar alguna respuesta. Ema y yo existíamos en ese punto exacto donde nada se sabe de cierto, pero todo se intuye.

Chico

Chico era un buen amigo. Nos conocimos en segundo grado de primaria durante los campamentos de básquetbol de verano que organizaba el ayuntamiento. Teníamos la misma edad y juntos nos hicimos fanáticos del rocanrol al cumplir once años. Al principio, la primera vez que lo vi, pensé que le decían Chico por su baja estatura, pero no era eso. Le decían así porque se llamaba Brígido igual que su papá e igual que su hermano mayor, así que él era el Brígido menor, "Brígido chico". Para no confundirse, los nombres en su familia se ordenaban de la siguiente manera: don Brígido, Brígido, y Chico.

Por Chico conocí a Ema. Don Brígido y el padre de Ema eran compadres y mejores amigos, ambos inscribieron a sus hijos en la misma preparatoria donde ellos cursaron sus estudios, la Preparatoria Francisco I. Madero, así que esta amistad se vería fortalecida en una importante etapa de la vida, en donde se descubren cosas, se desechan otras, y se aprenden -ya sea de buena o mala manera- otras muchas cosas más.

Por lo demás, yo llegué a la Preparatoria Francisco I. Madero al no haber más opciones para mí cuando fui expulsado del Colegio Santo Domingo Sabio. De manera sorpresiva me reencontré con Chico y todo empezó a ir a mejor. Siempre es bueno tener a alguien conocido cerca cuando vienes echado de otro lugar y no estás en la mejor condición de exigir bienvenidas.

No hay mucho que decir acerca de mi pasado lejano ni tampoco del reciente. Mis padres se separaron cuando yo tenía trece años y junto a mis dos hermanos crecí al amparo de mi abuela. Con la separación, salí a conocer nuevas cosas y nuevas personas en nuevas escuelas. Brinqué de un colegio religioso a otro hasta llegar a

una escuela laica y pública. Salía a la calle y regresaba a casa de mi abuela justo a tiempo para tomar un baño caliente, quitarme la ropa sucia y al fin cenar algo bueno.

Dejé de creer en Dios y los crucifijos dejaron de ser visibles. Si pasaba frente a alguna iglesia, me daba lo mismo, como si era un supermercado o una tienda de ropa. Tampoco es que en el colegio lograran inspirarme algún tipo de respeto por nada que no fuera mi abuela. El empeño que otros ponían sobre mí a menudo se perdía en oraciones, decepciones o lamentos.

Con el tiempo me hice expulsar. Tardé en entender que los martes de misa en el Colegio Santo Domingo Sabio no solo no eran una cosa seria, sino que no eran capaces de inspirar a absolutamente nadie, así como yo no era capaz de deshacer el vínculo entre la comunión y el canibalismo. La idea resultaba tan grotesca que la hostia en mi boca, por más que la masticaba para encontrarle algo de sabor, me sabía mala. Ni qué decir tiene de las náuseas y escuchar decir al sacerdote, con justificada extrañeza, “coman de mi carne, beban de mi sangre”.

Puede que nunca haya sido muy bueno entendiendo cada sacramento. Puede también que nunca haya sido bueno entendiendo nada en concreto por más que otros se empeñaran en educarme. Si Dios existe, sabrá entonces que amaba a mi abuela tanto como ella me regañó por mis actos, siendo la única persona en el mundo que nunca perdió la fe en mí por más que yo ya hubiera sacado toda la fe de mi alma y comenzara a dejar atrás los arrepentimientos gratuitos con el dinamismo y determinación con los que un velocista olímpico supera los obstáculos sobre la pista de relevos. Siempre me han gustado las figuras de velocidad.

Salí a la calle y conocí a nuevos muchachos de mi edad que se dedicaban a robar cosas de los supermercados. Por aquel tiempo las pilas AA eran muy codiciadas, los chicos de la escuela las utilizaban para sus Game Boy, discmans, entre otras cosas portátiles de la época, así que robarlas para después venderlas era buen ne-

gocio. Era también una actividad muy divertida, uno podía sentir la adrenalina cuando, de manera escurridiza, llegaba hasta el lugar de las toallas con los paquetes de pilas en las manos. Luego, simulando una caricia para disfrutar de la suavidad de cierta felpa, despanzurraba el paquete entero dejando caer las piezas dentro del bolsillo de la chamarra. Después, la huida.

Lo de las pilas no duró mucho, se terminó el día que atraparon a Miqui, un joven delincuente, mi leal compañero de atracos. Cuando lo atraparon yo no volví a pararme en un supermercado durante todo un año.

Después de andar robando pilas a espaldas de Dios y de mi abuela llegué a la preparatoria Francisco I. Madero, en donde me reencontré con Chico y conocí a Ema.

Al ver de vuelta a Chico me hice de un mejor amigo. Se manifiesta una especie de complicidad por el hecho de conocerse en la infancia, y en el camino hacia convertirse en adulto se presenta de manera casi instantánea, aunque inmerecida, una sociedad de confianza y respaldo. Así que lo de Ema fue más fácil para mí. Contaba con el aval de mi amigo y por consecuencia la aprobación inmediata de ella.

Nunca le fallé a Ema, o al menos de eso he querido convencerme en todos estos años, desde la última vez que la vi, poco después de aquél penoso incidente en casa de sus padres y del cual no he vuelto a referirme hasta ahora que lo escribo.

Fue gracias al padre de Chico que probamos nuestras primeras cervezas. A menudo, las reuniones en casa de Chico ya involucraban a los menores en cosas de mayores, don Brígido y sus amigos nos invitaban a beber o fumar, también nos preguntaban de manera abierta si ya habíamos estado en la cama con alguna chica. Tengo que reconocer que nunca me incomodaron esas conversaciones, estaba más que conforme con la manera directa que tienen ciertos temas de ser tratados en conciliábulo. Beber, fumar, sentirme acaso un hombre completo, listo para enfrentar lo que sea que viniera

y salir adelante por mí mismo. Con dieciséis años cumplidos y de camino a los diecisiete, como suele decirse en estos casos, quería comerme al mundo y demostrarle a un montón de idiotas, no demasiado alejados de mí, que nada puede ser tan malo como te dicen. Ahí estábamos, Chico y yo bebiéndonos nuestras buenas latas de cerveza, fumándonos nuestros buenos cigarros, todo gratis, todo en su lugar.

Con el pasar de las horas en aquellas reuniones, don Brígido terminaba proponiendo ir a desvirgarnos a los congales de la periferia. Todo eran risas y bromas hasta que una noche todo fue de más o menos a en serio y Chico se puso a llorar. Don Brígido asestó un par de golpes en la nuca de Chico. El primero, con poca fuerza, que le sacó una risa nerviosa a su hijo; el segundo, fue evidentemente más violento que el primero, y casi hace que su hijo se fuera de bruces antes de que pudiera guardar la compostura. Luego regresó al tono en broma y cambió de tema como si nadie estuviera llorando.

Puede que siguiéramos siendo unos niños. También puede que en realidad Chico no lo pasara tan bien como decía después en la escuela, lejos de su padre. A qué negar, en cambio, que yo sí deseaba ver a las putas, una incursión nocturna en aquel congal tan anhelado, el lugar prometido de la parranda, caminar entre fruslerías y darme cuenta, al cabo de unas sabrosas caricias, que había cruzado el umbral del deseo como un heroico soldado, de pie y en firme, habiendo dejado muy atrás los tropiezos de la tonta infancia.

Una sirena en el mantel

(Todavía puedo recordar el aroma a pasto recién cortado; el viento levanta las hojas del suelo y en los brazos se alcanza sentir el aleteo de los mosquitos que se me han ido pegando mientras avanzo entre los árboles. Mis hermanos se divierten en los columpios. Mi madre pone el mantel. Mi padre carga una bolsa y un seis de cervezas. El último recuerdo que tengo de mi familia unida, es de-

cir, cuando mis papás seguían juntos, se desvanece con cada año cumplido y cada colegio abandonado).

Ese viernes de finales de junio salimos de vacaciones. Pasaban poco más de las doce del día. Ema llevaba un listón negro en el cuello que formaba parte del uniforme, y Chico y yo nos habíamos aflojado las corbatas. Corrimos hacia el parque donde los tres abrimos unas latas de cerveza, tonteamos un rato y lanzamos piedras a los pájaros. Beber ya era parte de esas primeras rutinas con las que de a poco íbamos abandonando la prepa. En algún punto, Ema dijo: «deberíamos besarnos, un día va a ser el fin del mundo». Lo del fin del mundo, habría que admitirlo, era una expresión tan exagerada como inocente, muy común para la época y definitivamente necesaria para mi generación, que a menudo empleaba expresiones que guardaban cierta nostalgia por el futuro, uno definitivamente incierto.

Chico alzó los hombros y abrió otra lata de cerveza. Solía bebérselas de un trago, como si tuviera prisa por salir de una vez y para siempre de la preparatoria. En el caso de Ema y mío apenas y nos sabía bien, pues estábamos acostumbrados a los raspados de nuez con leche y ese cambio, si bien se quiere, como cualquier otro, no es ni tan sencillo ni tan rápido de asimilar.

Ahí íbamos de a poco vaciando latas, preparándonos para llegar a casa de Ema, donde su padre, Zafiro, y don Brígido se habían montado otra buena parranda. Esta vez celebraban junto a otros amigos del sindicato de trabajadores, alguna institución de gobierno donde ambos trabajaban, haber cumplido treinta años de servicio, estaban contentos por el final de su etapa laboral.

Chico se puso lo suficientemente ebrio para tener que llevarlo a vomitar antes de llegar a casa de Ema. Yo ansiaba llegar. Me vi dentro de ese plan que prometía voces prohibidas y visitas a la inmundicia. Confieso que odié un poco a Chico por su estado inconveniente, su torpeza agravó mis ansias por llegar, casi que quería tocar base y de un momento a otro estar en los congales de la

periferia. Podía imaginarme a mí mismo dentro de un salón de luces rojas, vapor y aroma a puta; una gorda desnuda tumbada sobre un diván que vendría a ser la matrona de esas mujeres esbeltas que, al menos en mi imaginación, estaban ahí para cumplir mis más profundos deseos, como si se tratara de genios o demonios de una cueva oscura con quienes llevar a cabo un pacto para toda la vida.

Una última caminata con Ema. Por desgracia, tuvimos que cuidar de Chico que iba tropezando durante el trayecto, entorpeciendo ese desplazamiento a flote sobre la corriente kilométrica de palabras a la que Ema y yo estábamos bien acostumbrados.

Zafiro y don Brígido reían, escupían, maldecían. No vi por ningún lado a los otros trabajadores del sindicato, probablemente se habían marchado temprano, o, lo que es probable, puede que nunca hubieran estado ahí, y puede también que la celebración era solo un pretexto para emborracharse como era la costumbre de los dos amigos. Si me preguntas a mí, disfrutaba mirarlos blasfemar. Había más cerveza para tomar dentro de una hielera sobre el piso. Unos platos de unicel en la mesa contenían botanas variadas como jamón, aceitunas y queso. Algunas cuantas papas fritas y más queso. Un *dip* de chipotle se había derramado sobre el mantel formando la silueta de una sirena que un par de moscas merodeaban, frotándose las patas, lamiendo las sobras. También una botella de tequila Cabrito, limones y sal. Al fondo del pasillo, pasando el jardín, en una esquina contigua a la cocina y de cara a un baño, un montículo de latas vacías se apilaba debajo del bote de basura que ya no podía contener ninguna otra cosa más. En medio de toda esta mierda, estaban los compadres Brígido y Zafiro. En medio de toda esa mierda junta llegamos nosotros tres como invitados de honor.

Los dos compadres lo pasaban muy bien, a las primeras podías darte cuenta de lo bien que ambos se conocían. Estábamos en un lugar conocido, esa casa donde muchas veces jugamos al Scrab-

ble, platicamos y nos sentimos, Ema y yo, realmente solos, aislados en una casa que parecía estar siempre vacía. Su madre no parecía estar por ningún lado, pero eso no era ninguna novedad. Que su madre no se encontrara en casa solo podía significar que estaba encerrada en su recámara.

Chico dormitaba, yo intentaba abrir otra lata de cerveza y Ema también. Después aumenté mi velocidad, y tras varias latas de cerveza comencé a sentirme borracho. No recuerdo cuántas latas llevaba cuando me llegaron las ganas de ir a orinar. Estábamos en medio de una plática sobre la universidad y aquello que echaríamos de menos al separarnos. También hablábamos sobre las primeras veces en la cama con alguien. Me levanté de golpe cuando Ema confesó que ya había cogido. Nunca antes me había sentido tan incómodo, asaltado por una entrelazada mezcla de vergüenza y odio, tristeza y abandono. Todo lo que llevaba de juventud hasta entonces había pensado en la idea, más o menos vaga, de que un día de estos tendría algo de buen sexo, pero luego se me olvidaba o simplemente pensaba en otra de tantas cosas que se piensan a esa edad. Había bebido y fumado, sí, pero aún me faltaba alguien con quien estrenarme, y para el caso Ema, a quien con amor le dedicaba todo mi tiempo, se me había adelantado. Sin saber en dónde exactamente debía depositar todos esos sentimientos que se revolvían dentro, me levanté a orinar con todo el propósito de alejarme y sacar de mi interior esa sensación que ya se había vuelto incontrolable.

En el baño sentí que oriné toneladas de cerveza. Mientras orinaba no dejé de preguntarme por qué demonios Ema se había ido a coger con alguien más y no conmigo. ¿Por qué no me consideró si pasábamos casi todo el tiempo juntos? Empecé a ponerme peor cuando imaginé esos ratos míos, en la soledad de mi casa después de dejar a Ema en la suya y tener, sin pruebas y con ninguna duda, la certeza de que en ese momento ella se estaría cogiendo a alguien más, con el miembro endurecido de alguien más acuartela-

do entre sus dos hermosas piernas, y no con el mío. ¿Quién sería aquel hijo de puta que me había arrebatado la única oportunidad de ser feliz y sentirme completo en medio de todo este proceso de abandono? Hasta la puerta del baño me llegó el olor a cigarro y alcohol fermentado; el perfume pachuli de Zafiro hizo que la combinación de olores hiciera que casi me vomitara encima. Al final, resistí y reuní el valor para volver a la sala.

Al terminar de orinar hice por calmarme, ignoré todos los sentimientos anteriores y fui capaz de contener el zumbido constante de mis pensamientos. Un maldito acto de silencio frente al mundo, como me había enseñado Ema. Dando todo por hecho, como si todo ya estuviera resuelto, volví a silenciar la intriga, dejé de lado el odio y el deseo. Luego, un montón de cosas más se atrincheraron en mi pecho, apilándose mi propia mierda como una especie de barricada alrededor de toda esa guerra que yo mismo había desatado con todas las ideas de la nada y todos los porqués del acto más vil del que hasta ese momento me sentía víctima y cómplice. Ya más tranquilo, cerré mi bragueta, lavé mis manos y me enjuagué la cara para mitigar la borrachera.

Al salir del baño, Chico y Ema conversaban más bien tranquilos, aunque pude darme cuenta de que andaban un poco más serios de lo que les había dejado. Pude notar que miraban con atención hacia el otro lado de la sala en donde el muro en perpendicular me impedía notar lo que estaba sucediendo. Avancé sobre el pasillo según se iban descubriendo unos jadeos que aumentaban de a poco a más y cada vez más hasta volverse claramente intensos. Sentí prisa por llegar al centro de la sala, al tiempo que los nervios comenzaban a dominarme. Ese rumor de la sorpresa, ese miedo a lo desconocido que se aproxima contra tu voluntad, como cuando de pequeño, por la noche, regresas del baño a tu cama y ruegas a Dios que no se te aparezca un fantasma de frente.

Ema y Chico voltearon a verme desde la sala con una cara inexpresiva, pero igual de tranquilos que hacía dos metros atrás. Al

llegar al centro de la sala, Zafiro se encontraba de rodillas frente a don Brígido. Tenía la ropa empapada en orines, y se le había formado una diabólica expresión en su rostro. Jadeaba como animal cansado, resoplaba de placer. Efectivamente su eterno amigo le orinaba de cabeza a rodillas con gesto desmedido, gritando a todas luces y enfrente de todos: «¡Quién te manda, menudo cabrón, quién te manda!» Extrañas carcajadas salían de quién sabe dónde.

Ni Chico ni Ema ni nadie en el mundo iba a ser capaz de detenerlos. Intenté decir algo, lo que saliera. Un nudo se formó en mi garganta, después no sentí nada, mis emociones se quedaron en pausa por unos segundos, muy parecido a cuando te quemas la mano con un objeto caliente y por un instante crees haber tocado algo en frío cuando en realidad estaba hirviendo. Ema y Chico me tomaron del brazo, estaban tan tranquilos. Luego me sentaron en un sillón y trataron de disimular lo que estaba pasando, como si estuvieran habituados a lo que hacían sus padres frente a sus narices. Como si aquel acto fuera parte de un oscuro secreto entre ambas familias y el cual ya no les causaba ningún daño, ni sorpresa, ni nada.

Ni siquiera fui capaz de preguntar. Otra vez ese silencio mecánico con el que Ema manejaba las cosas que le pasaban recaía en mí. No había respuesta a nada, solo saberse ahí, en medio de todo aquello.

Una rueda que gira y gira

De aquel día recuerdo casi todo, hasta el detalle de las moscas rumiando la mancha de salsa sobre el mantel. En el estéreo sonaba *Pecado mortal* de Los Bárbaros, canción que se encontraba dentro de una larga lista de éxitos románticos. Recuerdo la despreocupación de Chico y la extraña calma de Ema. Aunque ella no me lo dijo porque yo nunca se lo pregunté, algo en el corazón me dice que ese día se avergonzó más que en ningún otro, no por otra cosa sino por

mí, porque yo lo vi, aunque eso sea decir muy poco. Su disciplina del silencio que todo resolvía logró que aquel penoso incidente se olvidara para siempre, con todo y yo incluido.

Volvimos a la escuela después del verano, Ema no volvió a dirigirme la palabra por más que yo intentara acercarme. Empezaba el último semestre y todo ese tiempo restante lo pasé solo en el salón, dedicado a leer los cuentos que sacaba de la biblioteca durante los recesos. Con Chico, al encuentro, nos saludábamos, cruzábamos algún comentario sin importancia acerca de bandas de rock y nos dejábamos a la deriva del pulso escolar. Así llegó el fin del bachillerato, y cada quien tomó su propio camino.

Lo último que supe de Ema fue que se había ido a otra ciudad a estudiar la universidad. Alguien me contó después que se encontraba trabajando en un medio de comunicación de la capital y se había convertido en una exitosa reportera. Me sorprendió, ya que nunca fue de muchas palabras, como ya he dicho antes, Ema era más bien fanática de los silencios.

En cuanto a mí, no hay mucho qué decir acerca de mi pasado lejano o reciente. Guardo alguno que otro recuerdo, unos más buenos que otros. De algún lugar tienen que salir las ratas, basta agitar un poco la coladera para alentarlas a dejarse mostrar. El último recuerdo de Ema es un listón negro, como los que se usan durante los días de luto. Es como si ese oscuro y tierno recuerdo se mantuviera encendido gracias a una muerte que todavía no logro asimilar. Un duelo eterno. La muerte de una extraña amistad, tan común y tan ajena como puede ser una amistad entre dos adolescentes, pero inevitablemente mía. Porque por más que me esforcé en pensar que ella no me gustaba, por dentro algo se apresuraba a tenerla encima de mí, perdernos juntos en esa edad donde todo es posible.

Dejaré un listón negro atado a la reja de mi casa por si acaso Ema se pasea por ahí y lo ve. Ya no juego más al Scrabble y las sopas de sobre me deprimen tanto como a un niño le deprimen las tardes de domingo. Todos los asientos están ocupados y a absolutamente nadie le dan nada por llegar antes al teatro.

La gente entra y sale constantemente de nuestras vidas, de manera aleatoria se aparecen como fantasmas del pasado en el presente, y es muy posible que también se aparezcan en el futuro. Un ciclo, una rueda que gira y gira frente a tus ojos, furiosa, alimentando todo tipo de dolores. También hay quien se queda al margen de nuestras historias. ¿Qué papel darles entonces a todos ellos? A qué saberlo…

Ahora que escribo esto, quince años después del último día que la vi en la preparatoria Francisco I. Madero, extraño como nunca los paseos con Ema. Me gustaría verla de nuevo, saber qué ha hecho, caminar y platicar. Puede que si hay oportunidad podamos tumbarnos sobre el suelo, contarnos lo que ha pasado en todo este tiempo, y hablar de ese penoso incidente en casa de sus padres.

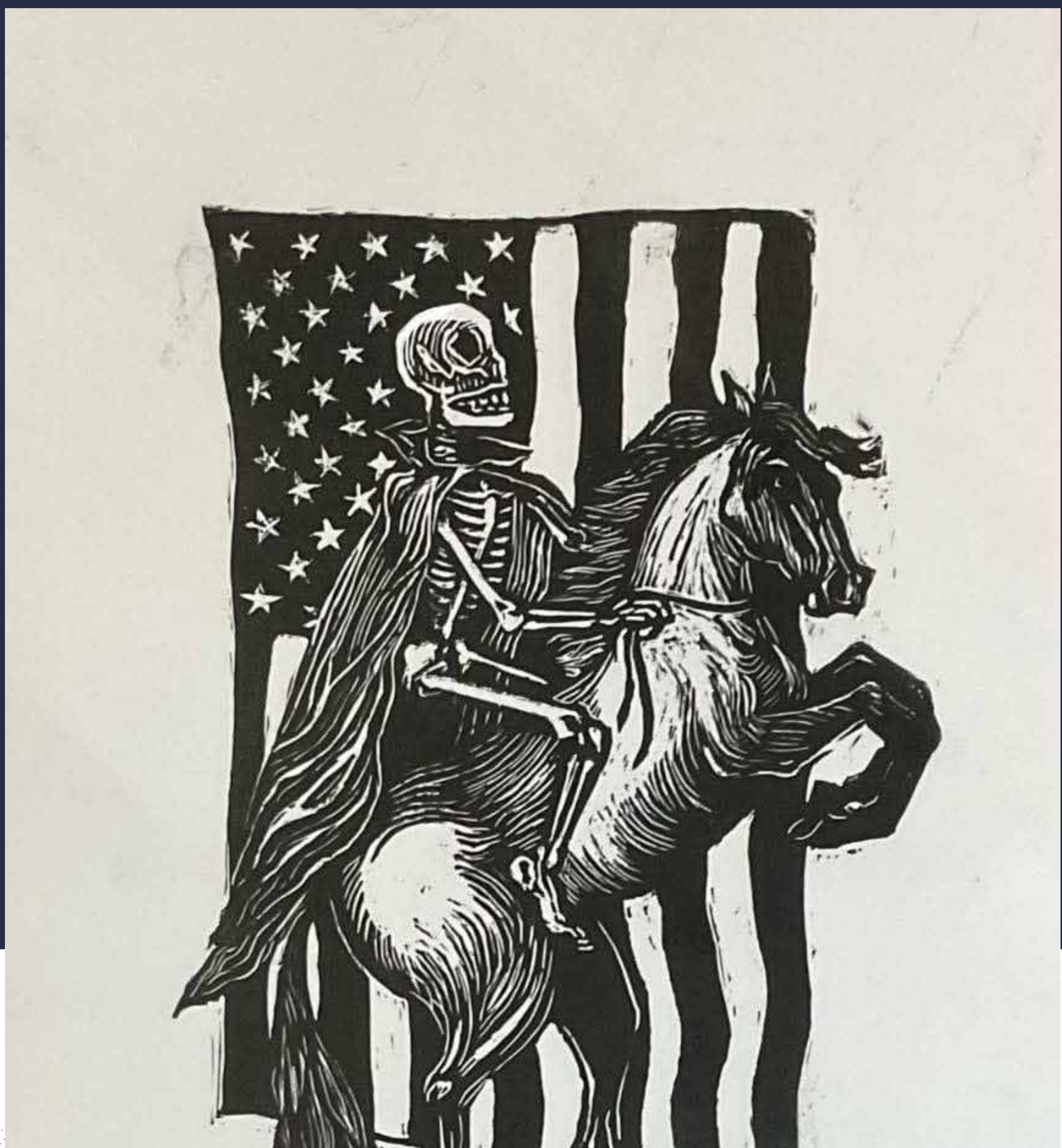
O mejor no.

Puede que lo mejor sea quedarnos tumbados mirando en silencio hacia el cielo, tranquilos. Eso haría: contemplar el cielo como hacíamos antes, como si algo se nos hubiera perdido allá arriba hace muchos, muchos años.

PAUSA GRÁFICA

Ana del Pantano

IG: @anitavonballmoos



Jinete apocalíptico

Técnica: Impresión de grabado en linóleo

Medidas: 33 x 23 cm

Año: 2025

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

POESÍA

20 poemas con brócoli

Roberto Piva

XI

solo dos monstruos en la trinchera.
muchachos-filósofos de Platón cargan
buqués de los inviernos que agonizan.
la ciudad se volvió loca.
la luna aparece & desaparece en mi mano.
quiero verte sangrar en el *skate* de las
ilusiones perdidas.
justo en la curva del horizonte donde
los demonios hacen
nidos.
(*"et sa voix un luth, voluptueux accents,*
lui soupire en chanson la langue des Persans")

ANDRÉ CHÉNIER

XII

ci riguardava como suol da sera
guardare uno altro sotto nuova luna

DANTE, *INFERNO*, CANTO XV, "I SODOMITI"

adolescentes violetas a la puerta del cinema.
Bar Jeca esquina de São João/
Ipiranga.
bandada de rebeldes, maravillosos. jamás capitular.
pijamas, familia, TV doméstica: la
orden Mojigata se representa
a sí misma.
cuerpo dulce-delicado-caliente en la mañana anaranjada
el planeta entra en la órbita del
corazón.

XIII

los expresionistas alemanes tienen poemas que abren
grietas en la realidad.
Georg Trakl & Gottfried Benn.
el terciopelo del cerebro + ángeles rojos con
indicadores enterrados en los corazones.
el desorden posee un bello lugar en
sus vidas.
barracudas.

XIV

para Carlitos

voy a moler tu cerebro. voy a despedazar tus
muslos imberbes & blancos.
voy a dilapidar la riqueza de tu
adolescencia. voy a quemar tus
ojos con hierro ardiente.
voy a incinerar tu corazón de carne &
de tus cenizas voy a fabricar la
substancia enloquecida de las
cartas de amor.
(música de
Bach de fondo)

Roberto Piva

20 poemas con brócoli

XV

la ciudad con sol vista desde lo alto de una azotea.
luz sombra color & extraños vértigos.
cabezas cercenadas.
últimos centauros trotando en los parques.
últimos amores en las madrigueras antes de la noche.

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

Roberto Piva (São Paulo, Brasil, 1937-2010). Es uno de los grandes poetas brasileños del siglo XX, autor del emblemático *Paranóia* (Massao Ohno, 1963). Entre 2005 y 2008 apareció su poesía reunida en tres tomos: *Um Estrangeiro na Legião, Mala na Mão & Asas Pretas* y *Estranhos Sinais de Saturno*.

CRÓNICA

Un día en la Ciudad de México

Francisco Velázquez

1

Son las cinco de la mañana con cuarenta y cinco minutos del once de abril de 2026. Es la primera vez que estoy (sobrio) en un restaurante abierto las 24 horas. Yo quería chilaquiles verdes con pollo, pero hace una semana me dio una intoxicación estomacal y prefiero evitar lácteos y salsas: pedí huevos con jamón y frijoles. Antes de que sirvan me levanto de la mesa y voy al baño a cambiarme de ropa. Viajé en la noche desde San Luis Potosí porque al mediodía debo estar en la Unidad de Posgrado de la UNAM para someter mi tesis a un programa antiplagio. Hoy mismo regresaré a San Luis.

2

Aunque me dirijo a Ciudad Universitaria, cuando salgo del restaurante camino sobre avenida Cuauhtémoc en dirección a la estación del metro Centro Médico. Prefiero irme ahí que a la de Etiopía y Plaza de la Transparencia: cuando vivía en esta ciudad un par de veces me desorienté en esa glorieta y no supe por cuál calle caminar. Cruzo el Viaducto Miguel Alemán Valdés, sigo sobre Cuauhtémoc y luego entro en la estación.

3

Llego a Copilco a eso de las ocho treinta de la mañana y enseguida camino por Cerro de Tlapacoyan. La última vez que caminé por estas calles fue hace dos años, pero aún recuerdo cuál es el camino que debo seguir hasta la Biblioteca Central. No obstante, cuando llego a la biblioteca descubro que está cerrada. Merodeo por las Islas de CU durante unos minutos y luego me siento en el pasto.

Saco un libro de mi mochila: *Blanco nocturno*, de Ricardo Piglia, en la edición del cincuenta aniversario de Anagrama. Compré el libro hace cinco años, pero aún está envuelto con plástico transparente. Aunque antes de romper el plástico contemplo la ilustración de portada de Jorge Alderete, apenas empiezo la lectura y me doy cuenta de que ya había leído esa novela. Guardo el libro porque no me apetece releerlo, lo más probable es que haya confundido esa novela con otro libro de Piglia, posiblemente con *El camino de Ida*, que estoy seguro de no haberlo leído. Me levanto y camino en dirección a la Sala de Lectura de la biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras. Saco mi *laptop* y compruebo los documentos académicos que voy a entregar. Todo en orden.

4

Salgo de CU a las once de la mañana y camino por Insurgentes hacia la estación Doctor Gálvez. Tomo el metrobús en dirección a El Caminero, me bajo en Perisur y camino unos tres kilómetros en dirección hacia CU hasta que llego a la Unidad de Posgrado. Enfilo al edificio de Servicios Informáticos de la Coordinación General y enseguida me asignan una computadora. Introduzco una memoria USB en la que tengo guardada mi tesis y sigo las instrucciones para someter mi tesis sobre la obra literaria de Rodolfo Walsh en el "Análisis de identificación de coincidencias y similitudes *iThenticate*". De acuerdo con el manual de *Plagio y ética* de la UNAM (2018), además del plagio, definido por la RAE como "copiar en lo sustancial obras ajenas, dándolas como propias", existen otras prácticas que también son identificadas así: "autoplagio, presentar un trabajo propio ya publicado, como si fuera original; falsa

autoría, acreditar un texto a quien no lo escribió; copiar y pegar, copiar un texto sin consignar el crédito del autor; parafraseo inapropiado, cambiar palabras en un texto, alterando su sentido original; referencia perdida, omitir la información de otra fuente; y robo de ideas, presentar como propia la idea de otro".[1] Después de unos minutos de espera, el resultado del informe de originalidad indica que mi tesis tiene un "10 % de Similitud general" a textos encontrados en la base de datos de la UNAM y que no se detectaron marcas de alerta para revisión, es decir, que no se detectaron manipulaciones de texto sospechosas. Según entiendo, cuando el porcentaje es del 15 a 25 %, la tesis se devuelve al autor para corregir los cambios; si el porcentaje es de 25 a 30 % la tesis debe someterse a un análisis más profundo, y si es mayor al 30 % la tesis se rechaza. Ahora debo enviar mi tesis a mi tutora y sinodales, luego tendré que esperar veinte días hábiles para que emitan su voto y después solicitar el examen de grado.

5

De la Unidad de Posgrado me traslado en la línea 1 del metrobús a la glorieta de los Insurgentes. Un amigo me espera sobre Chapultepec. Caminamos sobre Insurgentes y luego nos internamos sobre Reforma en dirección al Palacio de Bellas Artes. Apenas llegamos a su casa y me invita a comer. Aprovecho para descansar y quitarme los tenis. Descanso casi dos horas. Cuando salgo de su casa camino con calma sobre Madero en dirección al Zócalo. Mi idea era

1 (Plagio y ética. México, UNAM, p. 4).

sentarme en una de las bancas, pero hay vallas alrededor porque están instalando la *zona fest* para el Mundial. Aunque pienso abordar el metro Zócalo y luego transbordar en Hidalgo para después dirigirme a La Raza y enseguida a la estación Autobuses del Norte, camino de regreso sobre Madero y sigo a pie hasta la estación Hidalgo porque aún tengo tiempo disponible, son las ocho de la noche. No obstante, apenas entro en el andén en dirección a Indios Verdes y descubro que está abarrotado. Estimo que tendré que esperar al menos a que el metro pase tres veces y se suban quienes están formados. Transcurren veinte minutos sin que el metro pase. Al cabo de otros quince minutos llega otro vagón, yo espero agazapado en la barda del andén. Volteo hacia la derecha y descubro un tumulto de gente que viene caminando hacia donde yo estoy. No es la primera vez que experimento una situación similar; mientras vivía en esta ciudad un par de veces me salí de esta estación por la cantidad de gente que había. Entonces distingo que el vagón que se dirige hacia Universidad va completamente vacío. Así pasan dos vagones más. ¿Y si cambio de dirección para evitar el congestionamiento de usuarios y luego me regreso?

6

Salgo del tumulto y camino al andén que lleva a Universidad. El vagón está prácticamente vacío: avanzo con calma mientras en la espalda llevo una mochila y en el pecho otra hasta que ocupo el asiento que está al lado de la última puerta de acceso. Aunque en Balderas observo que hay muy poca gente en el andén contrario y que el vagón que se dirige a Indios Verdes está vacío, pienso que de nada servirá bajarme aquí y cambiar de dirección porque en-

seguida me encontraré a la gente de la que vengo huyendo. Cuando llego a Hospital General distingo que el andén contrario está abarrotado y decido esperarme. Mientras paso por Eugenia y División del Norte distingo que la situación es la misma. Comienzo a inquietarme. Seguramente es por el regreso a clases y en Viveros habrá menos gente, pienso, pero llego a esa estación y todo es caos. Seguramente en Copilco habrá menos gente, pienso, pero llego a esa estación y la cantidad de usuarios que espera el metro es igual a la que había en Hidalgo, de donde salí huyendo. ¿Qué hago aquí si inicialmente yo solamente debía recorrer tres estaciones después del metro Hidalgo y ahora estoy a casi veinte kilómetros de la Terminal Central de Autobuses del Norte? Transcurren treinta minutos hasta que el metro pasa, pero ni el intento hago de subirme porque me resulta imposible acercarme, hay empujones, gritos. Hasta entonces se me ocurre buscar en internet y descubro que la razón de la lentitud en el servicio es que hay un paro escalonado de labores en varias líneas.[2] Entonces me fijo en la hora y son las diez de la noche, mi autobús sale a las 11:59. Tras quince minutos llega otro vagón, pero no logro avanzar, otra vez gritos y empujones. Aunque después de otros quince minutos también pasa otro vagón que dejo pasar, por fin avanzo hasta el límite de la línea amarilla. A eso de las diez cincuenta llega otro vagón. Antes de que las puertas se abran distingo que alguien va a bajarse. “Antes de entrar al vagón,

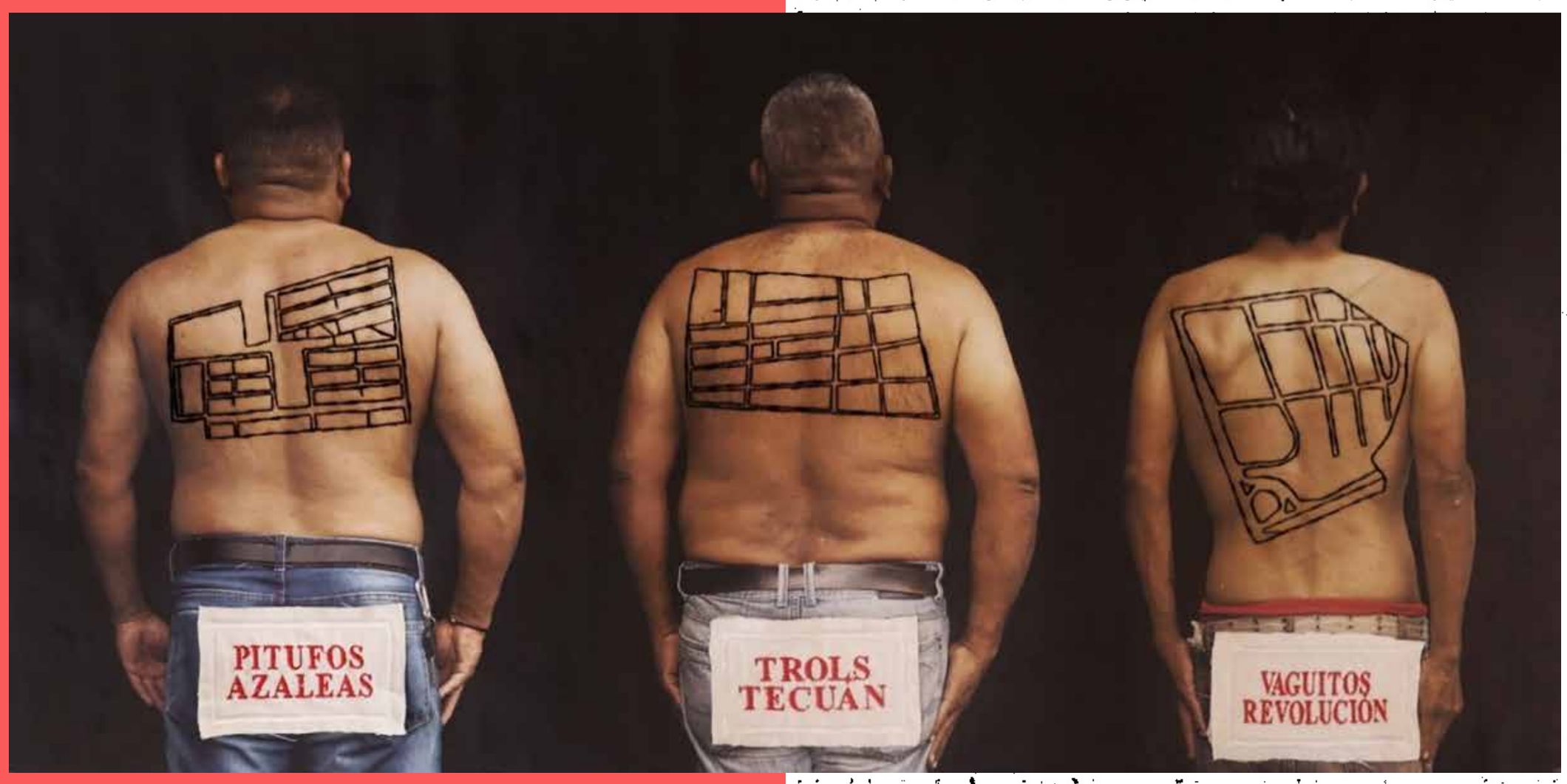
2 De acuerdo con la nota que leo, este paro de labores obedece al reclamo que el Sindicato Nacional de Trabajadores del Sistema de Transporte Colectivo (SNTSTC) hace para denunciar el colapso técnico de esta red de transporte. “De un total de 391 trenes, solo 88 se encuentran en buenas condiciones y circulan únicamente en las Líneas 1 y 12. El 70 % de la flota no ha recibido mantenimiento general habiendo superado el límite de 750 mil kilómetros recorridos. Otros 84 trenes permanecen detenidos en talleres por falta de refacciones”, puntualiza la nota. https://www.somoselmedio.com/paro-metro-cdmx-13-abril-2026-sindicato-trenes-condiciones/

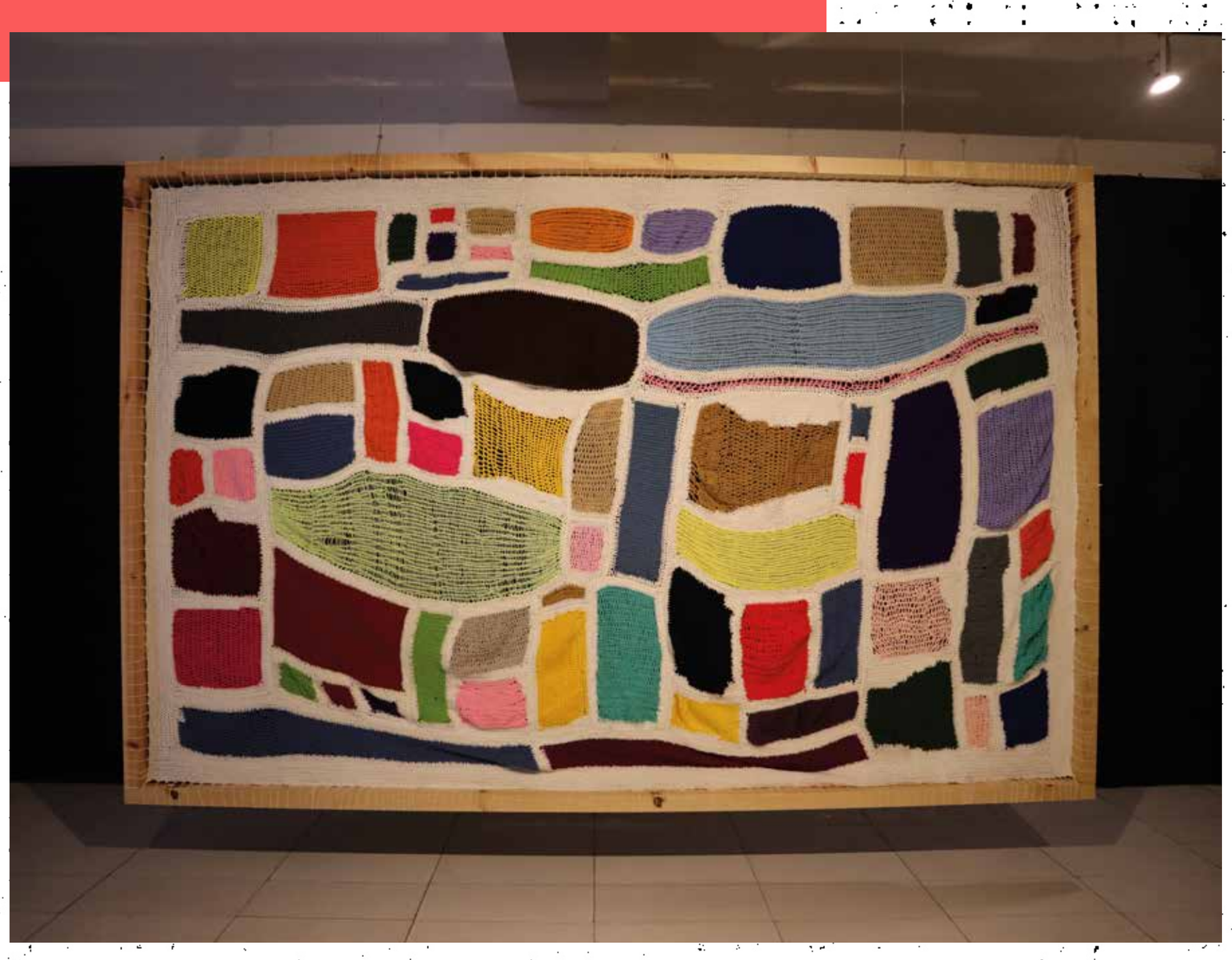
permite salir", reza la advertencia; no obstante, la gente detrás de mi comienza a empujarme y entonces pienso que si dejo que el usuario salga antes de que yo entre los demás aprovecharán ese instante para ingresar y de nada servirá todo lo que he realizado hasta el momento. Entro y enseguida doy una amplia zancada, me arrincono hasta la puerta del vagón que no se abre, extiendo mis brazos y protejo con los codos mi mochila delantera, como si estuviera en un *slam*, porque ahí llevo mi laptop. Avanzamos entre gritos y empujones. Cuando el metro llega a Juárez y luego a Hidalgo pienso que por el tumulto de gente me resultará imposible bajarme en La Raza. Antes de que intente abrirme paso entre el tumulto distingo que un usuario se está preparando para ocupar el espacio que dejaré. Avanzo con los codos por delante hasta que llego a la puerta. Apenas dejamos Tlatelolco y extiendo los brazos para sujetarme de los extremos de la puerta, como si con ello estuviera diciendo que bajo en la siguiente estación. Salgo del vagón, el Túnel de la Ciencia se me hace eterno. Espero el metro en dirección a Politécnico. Subo. El vagón está absolutamente vacío, pero no me siento porque bajaré en la siguiente estación. Llego a la Terminal Central de Autobuses del Norte, son las once de la noche con doce minutos. Hasta entonces respiro con tranquilidad.

PAUSA GRÁFICA

Areli Escobedo Kun

IG: @ areliku





Tatuajes cartográficos

Técnica: Fotografía impresa en canvas intervenida con bordado hecho a mano y bordado digital

Medidas: 160.5 cm x 123.5 cm x 4 cm

Año: 2025

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

CUENTO

LA VIDA ES VERTICAL

Mónica Menargues Beneyte

La Consentida
Relato

Dos cuentos de *La vida es vertical*

Mónica Menargues Beneyte

Mónica Menargues Beneyte

Dos cuentos de *La vida es vertical*

"Los Sex Pistols y una nueva invitada"

Mi tío es de esas personas fastidiosas que hablan por hablar nada más, pero tan necesarias en estas fechas como la Navidad. Es de mediana estatura, entrado en carnes y lleva un puntero láser en el bolsillo que lo convierte en la persona más interesante de la familia. Cuando me aburro, cojo el puntero y, apuntando a la comida de mi hermana, digo: «¡Eh!, ¡en ese plato veo mucha comida!» y mi madre mira el plato y le riñe.

Este año las Navidades superan a las pasadas.

El año anterior mi primo vino a la cena de Nochebuena con un hongo en un táper. Nos dijo que, si no lo cuidábamos, nos caerían diez años de mala suerte. Mi tía estableció turnos para que todos estuviéramos pendientes. El hongo fue lo más extraño de las Navidades; el resto transcurrió como esperábamos.

Mi abuela sacó el mantel y las servilletas bordadas con los nombres de todos. Mi madre me peinó como John Travolta en *Grease* y a mi hermana con el cardado de Olivia Newton John. Mis tías se cambiaron las zapatillas de estar por casa por un tacón moderado. Y los hombres, como siempre. Este año es diferente: tenemos una invitada nueva, Larisa. Conocer a la novia azerbaiyana de mi tío es lo más esperado de la Navidad. Mi tío nos ha adelantado que su novia escucha a los Sex Pistols y toma mucho té. El día de Nochebuena mi abuela la recibe con una ensaladera llena de té negro; pensamos que es la primera vez que hace té. Cuando Larisa llega, nos saluda dándonos la mano. No sabemos si es por no borrarse el pintalabios o porque en Azerbaiyán se hace así. A punto de sentarnos a la mesa nos dice que solo cenará con nosotros si al año siguiente vamos a Azerbaiyán con ella. Me gusta la idea. Mi abuela dice que ella seguro que no va. Mi madre, arrebatada, con la carne en la lumbre, dice que sí. Mis tías, al escuchar a mi madre, dicen que ellas también.

Larisa lleva gafas de pasta y una camisa roja de cuadros abotonada hasta el cuello. Cuando se levanta para ir al aseo, mi padre le dice a mi tío: «Luis, Larisa es bisexual, ¿no?». Mi madre dice que no es bisexual, que lo que pasa es que es de Azerbaiyán.

Al final de la cena, mi tío le dice a su novia que se desabroche la camisa. Mi padre dice: «¡Anda, anda, Luis, que has bebido mucho!». Pero Larisa se levanta, se abre la camisa y nos enseña un tatuaje que dice «Luis Forever». A mi abuela se le saltan las lágrimas de la risa; mi tío está encantado y a mi padre creo que le da un poco de envidia porque mi madre nunca haría algo así. Mis primas y yo nos pintamos «Luis Forever» por todo el cuerpo y mi tía nos saca fotos. Larisa pone a los Sex Pistols y bailamos.

Los hombres beben y hablan de política hasta que mi abuela dice: «¡Salid todos al patio!». De fondo escuchamos los perros, cerramos los ojos y nuestros cuerpos se funden en la noche. El viento mueve los árboles y la boca se nos llena de azahar.

La leche del Golfo Pérsico

Mi madre me hace torrijas para desayunar los fines de semana. Yo creo que eso es un invento suyo, pero, cuando llego a Sevilla años después, descubro que es un plato típico de Semana Santa, como los turrones en Navidad o los helados en verano. Ella se salta esa ley estacional que nadie más puede romper.

Entre semana tomo la leche de Ana. Tiene cuatro vacas en un pequeño establo. La leche que yo bebo sale directa de las tetitas de sus vacas. Ana me llena las botellas de vidrio y, mirándome con ojos ovalados, dice: «Qué guapa estás». Y añade: «Durante un tiempo todos somos cada día más guapos. Hasta que un día empezamos a ser cada día más feos».

Ana tiene ojos de vaca, grandes y tranquilos, y eso la hace una mujer muy guapa. Siempre he sentido que lo extraño es una forma de belleza.

Mi madre hierve la leche de Ana y dice que así la pasteuriza. Cuando comienzo con los dolores de barriga pienso que es culpa de la leche, pero mi madre dice: «No, tomar leche directa de la vaca hace que la barriga se vuelva fuerte». En la huerta creen que lo duro te hace más fuerte; ahora sé que lo duro solo te deja más cerca de romperte.

Años después entendí de dónde venía mi dolor de barriga. Desayuno en el salón, viendo las noticias de La 2. En la televisión se ve una sábana extensa como el cielo cubriendo cadáveres. Kuwait amanece con el sol en el suelo, acompañando a los muertos. Una mañana me tumbo en la alfombra del salón para acompañarlos yo también. Misiles como granizos convierten los altos edificios en casitas de chocolate. Un día, mientras juego, levanto varias torres con bloques de construcción y con un avión rojo, blanco y negro embisto la construcción como una vaca y la destruyo. Otra mañana, mientras me termino la leche y mi gata blanca se pasea entre mis piernas, veo a una familia hambrienta que se queja de que no tiene comida. En silencio, me acerco a la pantalla y vierto sobre el televisor el vaso de leche.

Ese mismo día la profesora de Naturales dice que, a causa de la guerra, este año las aves rapaces no pueden realizar la ruta de migración del Paleártico.

Salgo al recreo y, en cuclillas, me pongo a llorar. Esa noche tengo una pesadilla. Sueño que los vientos del desierto persa traen los misiles hasta Alicante y matan todas las vacas y las aves.

Al día siguiente le digo a mi madre que no tengo fuerzas para levantarme de la cama. Me toma en brazos y me lleva hasta el salón.

Enciende la tele. Abaten a un matrimonio que camina de la mano.

Le digo a mi madre:

-Mamá, ¿es mejor estar mutilada o estar muerta?

No responde. Creo que ella tampoco lo sabe.

La primera vez que veo a un hombre desnudo, está muerto. Los militares lo pisan; parece una mora roja caída del árbol. En clase le pregunto a mi maestra por qué hay tantos muertos y me dice que no hay motivo.

Durante dos años veo morir gente todas las mañanas. Lo único que me deslumbra es ver arder las petroleras. Aquel espectáculo tan bestial deja mi cuerpo caliente como la leche.

PAUSA GRÁFICA

Brenda Tapia

IG: @_brendatapia

Moliendo flores

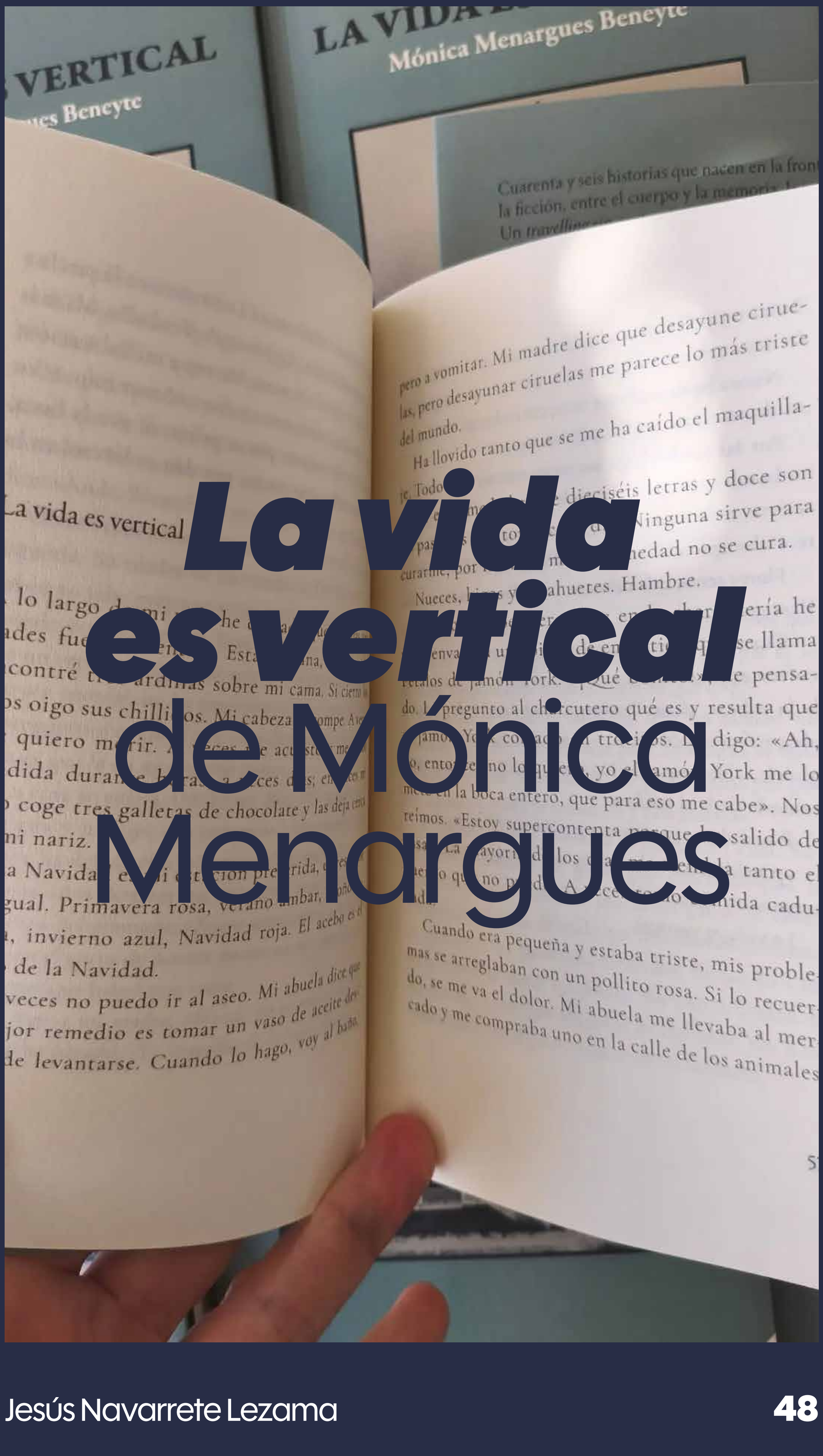
Técnica: Fotografía e intervención digital.

Lugar: Michoacán, Mx.

Año: 2019

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

RESEÑA



La vida es vertical de Mónica Menargues

“Las mujeres de mi familia no lo han tenido fácil. Si me dieran la oportunidad de empezar de nuevo, se las regalaría a ellas”, dice Mónica Menargues Beneyte en *La vida es vertical*, una radiografía luminosa y profundamente humana de la infancia, la familia, la enfermedad, el dolor y la pérdida.

En más de cuarenta textos que difuminan las fronteras del relato, la autora recorre geografías y sucesos que la mente parece haber registrado con la precisión de una imagen fotográfica y que la escritura ilumina con una prosa cercana a la poesía.

La narradora adopta la mirada curiosa de una niña, sin filtros ni juicios morales: “(…) en lugar de corazón tengo un racimo de frutos silvestres y mi cuerpo está hecho de hilos. Si tiran de alguno, me deshago”, confiesa.

En su escritura las palabras tienen una memoria segunda que mezcla realidad y ficción, pero que se preocupa por la verdad en un sentido más profundo para demostrar que los límites entre ambas son líneas indefinidas que se disuelven en medio de las llanuras o los escarpados territorios de la mente.

“Cuando eres niña la vida está llena de mentiras, cuando eres adulta descubres que también”, afirma pero, más adelante, reconoce: “a lo largo de mi vida he deseado que algunas verdades fueran mentira”.

En este primer libro, algunos de cuyos textos han sido publicados en las páginas de *Los Testigos de Madigan*, Mónica Menargues se desplaza de la fantasía a la realidad a través de una sólida voz narrativa que destella con fuerza y demuestra que los hechos preceden a la literatura, pero también prueba que es gracias a esta, que adquieren su verdadero relieve.

En *Contar es escuchar*, Ursula K. Le Guin afirma que algunos pensamientos y sentimientos se avinagran muy rápidamente y deben desecharse de inmediato, otros, añade, siguen fermentando dentro de la botella hasta que estallan, provocando una explosión de astillas asesinas. Sin embargo, sostiene que un sentimiento con cuerpo, con un buen corcho, solo se hace más profundo y complejo mientras reposa en el fondo de la bodega. Lo difícil, dice la autora es saber cómo destapar la botella: No cabe duda de que en *La vida es vertical*, Mónica Menargues ha sabido hacerlo.

Menargues Beneyte, M. (2026). *La vida es vertical.* Editorial La Consentida.

RADIO MADI GAN

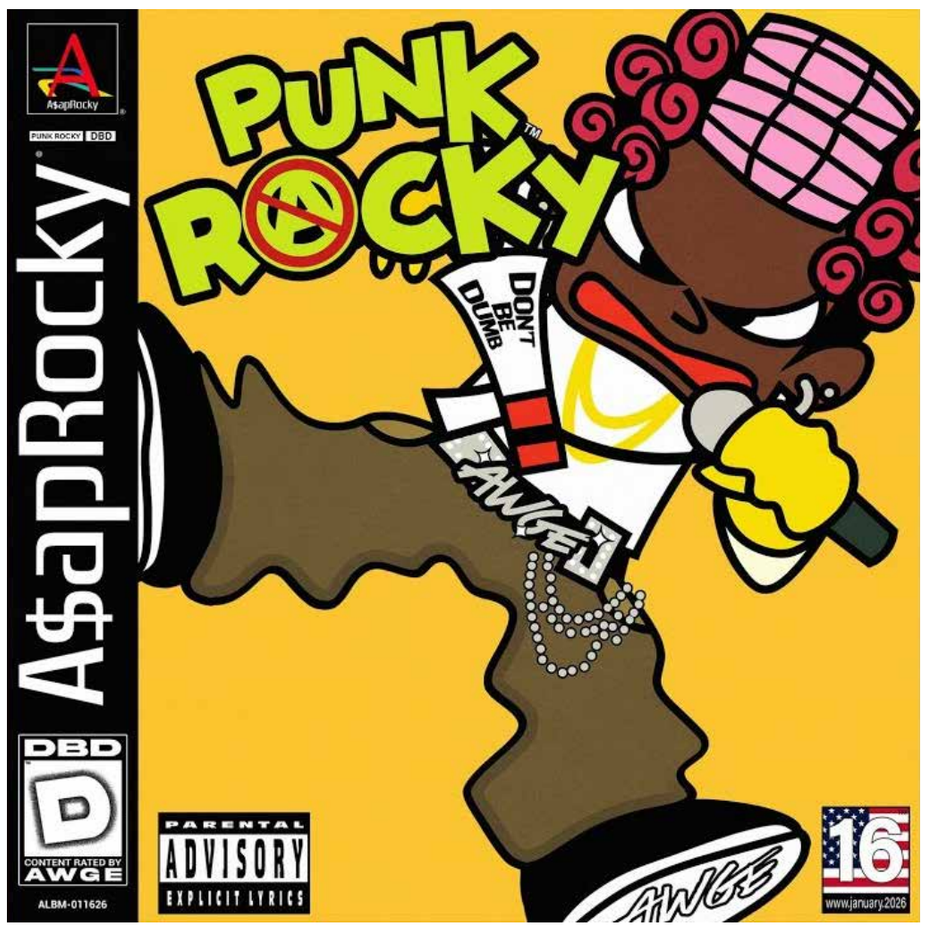
SINGLES

Miguel Díaz

Miguel Díaz

"Cursive", en ***URGH***, de Mandy, Indian.

Cuarteto de Manchester y Berlín, que recién sacó su último álbum: **URGH**, una colección de post-punk techno industrial, lleno de ruido y beats pegajosos. En "Cursive" el ritmo es hipnótico, agresivo, donde un robot atrapado en un videojuego recita en francés: “Je dance en attendant que le monde disparaisse (Bailo mientras espero que el mundo desaparezca)”, un rito entre la euforia y el éxtasis en una fábrica abandonada.



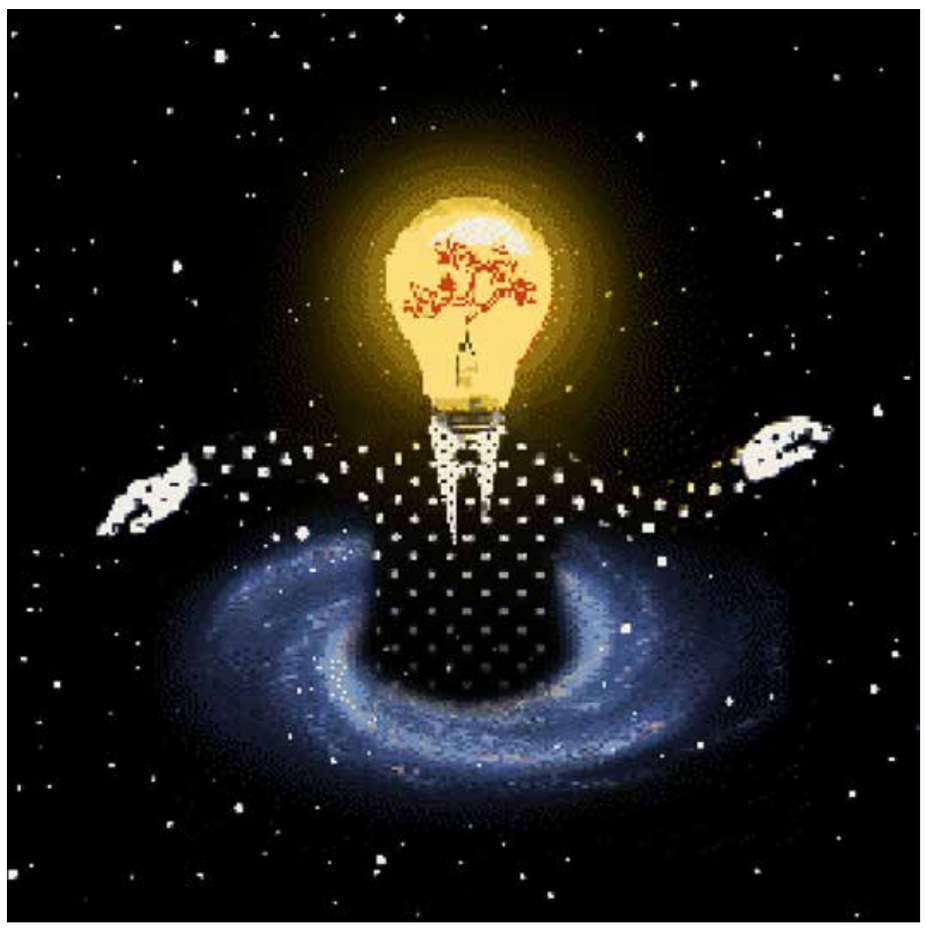
"PUNK ROCKY", en *Don’t be dumb* de ASAP Rocky.

Ahora los gánsteres del rap han creado sus bandas de rock y en sus lujosos garajes tocan jams psicodélicos.

ASAP Rocky no es la excepción. Desde *Testing* ha buscado un rap experimental con guitarras y melodías soul (como en “Sundress”), y en *Don’t Be Dump*, Rocky se aproxima a varios géneros, entre ellos el rock de “Punk rocky”, donde rapea todo vulnerable: “I wanna fall in love, don’t want no broken heart”, y en lugar de darnos un single punk, en el sentido clásico, entrega una mezcla de R&B alternativo y dream pop, con un jam final psicodélico y bailable.

“Death of love”, en *Trying Times* de James Blake.

James Blake es un escultor de sonidos que crea piezas añadiendo y cortando ruidos, melodías y coros sobre beats electrónicos. En *“Death of love”*, nos sumerge en un abismo de capas de voces masculinas, bajos profundos y arreglos orquestales y electrónicos que empujan los sentidos, para reflexionar sobre el fin del amor, el aislamiento y la soledad dentro de una relación. El sonido casi ritual envuelve en una atmósfera entre dubstep, muros corales y una sensibilidad cercana a la de Leonard Cohen.



“Fabienk”, *Vol. II* de Angine de Poitrine.

La banda más rara y adictiva del año, Angine de Poitrine, trae una fiesta funk, de intensos bajos y guitarras new wave, que recuerdan los momentos más frenéticos de The Fall o el freak pop de Sparks. Las variaciones microtonales enganchan, la repetición obsesiva de melodías y bases rítmicas hipnotiza, y sus presentaciones en vivo hacen sentir que son la banda más extraterrestre que ha llegado al planeta Tierra. *“Fabienk”* más que ser una pieza narrativa, busca recrear sonoramente un estado de trance, siendo imposible oírla sin que el cuerpo siga su ritmo.

Miguel Díaz

RADIO MADIGAN

"¿Cuál es la razón?", David Byrne, Natalia Lafourcade & Mexican Institute of Sound (IMS)

La cumbia, el género popular más querido en Latinoamérica, desde sus orígenes en las márgenes del río Magdalena en Colombia, ha sido exportado a todos lados del continente, y sigue evolucionando e integrando nuevos sonidos. En *"¿Cuál es la razón?"*, David Byrne contribuye con Natalia Lafourcade y Camilo Lara de IMS en una cumbia con arreglos de trompetas y órganos. En la parte de Lafourcade, la canción se transforma por un momento en un bolero, y vuelve a la cumbia con unos festivos arreglos de viento y un acordeón norteño, que alegremente celebran los misterios del amor.

"Mononoke", en ISOLA de Gabriela Richardson.

Empieza con los arreglos de viento principales, para dar lugar a una balada llena de niebla y espacios cinematográficos, como si accediéramos a jardines secretos y terrazas, y a lo lejos el aire mueve las copas de los árboles. Richardson en *ISOLA* crea un mundo que habita de sus historias y recuerdos secretos. *"Mononoke"*, el único sencillo del álbum, captura esa sensación de intimidad, y ese sentimiento de amor propio: "¿Cómo dejar de faltarme/ si soy to' lo que busqué?", que más que una pregunta retórica, es una afirmación irónica.

Miguel Díaz

RADIO MADIGAN

"Is it real?", en *Blame the clown* de Twisted Teens

Una banda de garage punk que hace hits de menos de tres minutos, como si fuera The Undertones o Minutemen. Con pegajosos solos de guitarra y pedales wah wah, Twisted Teens tiene una energía que engancha a la primera oída, y *Blame the clown* está lleno de ese brío, con influencias del country y el folk, sobre todo por la interpretación áspera del vocalista Caspian Honeywell, y la pedal steel de RJ "Razor" Santos. La letra de *"Is it real?"* es demencial, nos cuestiona sobre nuestra percepción de la realidad, o si esa revelación mística o estética no es más que un diagnóstico psiquiátrico.

"RUCA", en *MUDA*, de Carín León.

Una canción disco sobre las relaciones tóxicas, donde un hombre admite que su mujer es quien lleva el control: "que sea cabrona la quiero,/ que le den ataques de celos", a cambio de intensidad emocional, además lo asume con orgullo: "total es mi pedo", dice Carín León. El cantautor, junto al productor y letrista Edgar Barrera, exploran el tema bajo una mirada interesante: la generosa voz del cantante de Hermosillo puede cumplir cualquier empresa vocal, desde corrido y ranchero, hasta soul y jazz; pero acá encontrarán dance-pop sobre una base funky donde un par de arreglos de guitarra norteña juegan con cierto riesgo y destrezas sobre la fascinación del drama amoroso.

"SURFBOARD", en *AMOR & DROGA* de Tokischa (con Skrillex).

Las mejores colaboraciones son las de la TOKI: frontales, topless, moviendo el culo, explícitas, cachondas: desde la Rosalía, Madonna o Belinda, ha creado todo un lenguaje de bellaca que habita los dormitorios de todas las chicas lesbianas y bisexuales del mundo. Sin embargo, a ella le encantan los hombres. En *"SURFBOARD"* perrea para su novio: "Este cuerpazo / lo guardé pa mi novio", para luego ponerse muy cachonda: "Me lo mete en el party (méteme, méteme)/ Cuando me pongo naughty(suci)/ yo le bailo encuera'/ Él se desespera bailando 'Safadera'", para citar el clásico de Bad Bunny. Lo arreglos de Skrillex no solo aportan la parte pop electrónico, también hacen que explote ese dembow de forma tan libre, sexy y tiernas la vez.

"I feel so free", en *Confessions* II de Madonna.

La reina de los clubes ha vuelto, con *Confessions II* continúa su búsqueda de libertad musical que había abordado en el *Confessions on a Dance Floor* del 2005. Más de 20 años después, la reina del pop busca evitar el riesgo de sonar a la música disco de la mayoría y repetir las mismas fórmulas de Abba y Ennio Morricone, buscando la unidad ritual de los marginados sobre la pista de baile: después de una intro techno (Arca) y seguido de beats house, Madonna les da la bienvenida a los iniciados y los empuja a bailar bajo los efectos de Donna Summer y los gemidos tipo Lil' Louis. El álbum completo está previsto para este 3 de julio, prometiendo ser el soundtrack de este mes del *pride*.

RESEÑA

Encuentro de Posturas Críticas (Introducción)

Juan Álvarez

Juan Álvarez

Encuentro de Posturas Críticas (Introducción)

El Encuentro de Posturas Críticas tiene la finalidad de propiciar un espacio común y alternativo, en el que todas aquellas personas que se interesen en cuestionar, resistir y transformar el sistema dominante tengan un punto de encuentro en común. Para ello, se busca generar espacios ajenos a toda institución, en especial, ajenos a la academia, donde se pueda analizar, reflexionar y dialogar sobre nuestras condiciones actuales, reivindicando la experiencia y el saber de todxs, sin importar los títulos o grados académicos.

Al mismo tiempo, tiene la finalidad de romper con las formas tradicionales de realizar la difusión de conocimiento y la crítica al sistema dominante, tan petrificadas por la academia. Esto se puede observar desde sus comienzos, pues todo inició mientras un grupo de amigos estábamos cotorreando y tomando algo de alcohol, cuando de repente alguien comentó “oigan, ¿y sí hacemos algo como un congreso, pero sin las mamadas de la universidad?”. A partir de ese momento empezamos a organizarnos para darle una forma abierta, que posibilite la participación e injerencia de toda persona que quiera contribuir. Esto desembocó en una convocatoria, logo y página de Facebook, los cuales vieron la luz los primeros días del 2023 y aún se mantienen vigentes (con algunas modificaciones).

Esta primera convocatoria la difundimos, sin mucha esperanza, desde la página de Facebook, con la ilusión de que hiciera algo de eco entre la bandita de Aguascalientes y que hubiera algunas propuestas de participación. Para nuestra sorpresa, llegaron un total de doce, con temáticas muy diversas, provenientes tanto de personas de Aguascalientes como de un colectivo de Zacatecas. Es-

tas propuestas se hacían a título individual, grupal y colectivo, y contaban con diversas modalidades, desde conferencias hasta distintas presentaciones artísticas. Este primer encuentro se llevó a cabo del 24 al 26 de febrero de 2023 en un bar y un café de la ciudad de Aguascalientes.

Esta misma dinámica se llevó a cabo en los siguientes encuentros. Para el segundo se recibieron diecinueve propuestas provenientes de Aguascalientes, España, Michoacán, Oaxaca y Zacatecas, las cuales se llevaron a cabo en línea, en una biblioteca marxista, un mercado y dos bares de Aguascalientes del 3 al 6 de abril del 2024. El tercero se llevó a cabo del 2 al 4 de mayo de 2025 en un bar, un café y una plaza pública de Morelia y contó con veintiocho propuestas hechas tanto por personas como por colectivos de Aguascalientes, Michoacán y Colombia. Por último, el cuarto encuentro se llevó a cabo del 12 al 14 de diciembre de 2025 en un mercado, una casa usada como espacio colectivo y un estudio de tatuajes. Se contó con doce propuestas de personas y colectivos de Aguascalientes.

Todos los días de cada uno de los encuentros se ha contado con alrededor de treinta participantes provenientes de diversos lugares, con múltiples gustos y actividades, con diferentes afiliaciones políticas, en fin… personas diferentes, pero, con el interés común en cambiar el sistema dominante.

Una muestra de lo anterior son los cuatro trabajos que se presentan en estas memorias. El trabajo realizado por Sara Huerta realiza una crítica incisiva sobre la llamada salud mental, su relación con la estructura social y el papel que tiene la psicología, a partir de lo cual se concluye:

La llamada crisis de la salud mental no puede entenderse únicamente como un problema individual ni resolverse desde explicaciones biologicistas o soluciones estandarizadas. Se trata

> de un fenómeno profundamente social, histórico y político, vinculado a las condiciones materiales de vida, a las desigualdades estructurales y a los mecanismos de control institucional. Reconocer estos límites implica replantear el papel de la psicología y la psiquiatría, no como dispositivos de normalización, sino como prácticas críticas y comprometidas con la transformación de la realidad social y la dignidad humana.

El trabajo de Edwin Bravo realiza una reflexión crítica sobre la educación. En específico, se plantea la pregunta sobre cuál es la función de la escuela en el sistema y si es mejor cambiarla o destruirla. El autor concluye que:

> Lo que se quiere señalar en estas últimas líneas es que ninguna postura, sobre todo si se considera crítica, es una respuesta última. Además, las posturas críticas no son recetas ni fórmu-

2° día del 3er Encuentro en la Calzada Fray Antonio de San Miguel en Morelia

las mágicas, sino invitaciones a pensar más allá y, sobre todo, hacer más allá. En ese sentido, las propuestas de Freire y de Illich pueden servir en ciertas condiciones y no servir en otras. Por lo cual, se puede transformar la escuela para aprovechar sus potencialidades y evitar los problemas de la desescolarización, pero al mismo tiempo se pueden generar espacios educativos desescolarizados para aprovechar sus potencialidades y combatir los problemas causados por los espacios escolarizados.

Al usar ambas propuestas en distintos espacios, conociendo sus virtudes y sus problemas, se podrá generar algo nuevo e impensado hasta el momento. Esto es fundamental, pues como señala Ma-

3er día del 4° Encuentro en CampaMocha tattoo studio en Aguascalientes

ritza Montero (2004) la crítica siempre implica que las cosas no son de una sola manera, sino que hay varias posibilidades; la crítica no tiene una forma ni contenido predeterminados, sino que se van elaborando. Al realizar y ejecutar una crítica se debe tener en mente lo que reza el poema de Antonio Machado "caminante no hay camino, se hace camino al andar". En otras palabras, se podría decir que no hay respuesta, sino que la respuesta se va construyendo en el transcurso de hacer frente a los problemas sociales.

Por su parte, Karen Sánchez hace una fuerte crítica sobre la violencia estructural en México, el papel que ha tenido el Estado en ella y las implicaciones subjetivas que esto puede conllevar en todos los mexicanos:

> Esta guerra invisible ha mostrado que, como estudiantes, obreros y trabajadores, corremos la misma suerte. Aun así, pese a nuestra cercanía con la muerte, nos alejamos de ella como sujetos y como sociedad, pues es la muerte del otro la que nos hace apreciar la posibilidad de la propia.
>
> A pesar del desgarro que la guerra deja a su paso, es la ilusión la que habilita ciertas vías de tramitación; de tomarse la muerte en su radical naturalidad, esta sería insoportable. Tal vez por ello resulta más común encontrarnos con discursos alusivos a las muertes ocurridas en otros países o en otros periodos históricos que con aquellas que atraviesan nuestro propio tiempo y espacio. O, en su defecto, nos enfrentamos a profundos silencios, ya que cuando la guerra ha quitado el habla a quienes la recuerdan, hablarla implica asumir su existencia como fin último, como falta propia; en cierto sentido, es asumir la mortalidad.

Por último, el trabajo de Mario Guitierrez hace una aguda re-
flexión sobre el género musical del postpunk y la forma en cómo ha acompañado el interregno postsoviético, “donde lo viejo colapsa y lo nuevo aún no tiene forma”, donde, en el lapso de una producción de algo nuevo, aparece una inmensa nostalgia por el pasado:

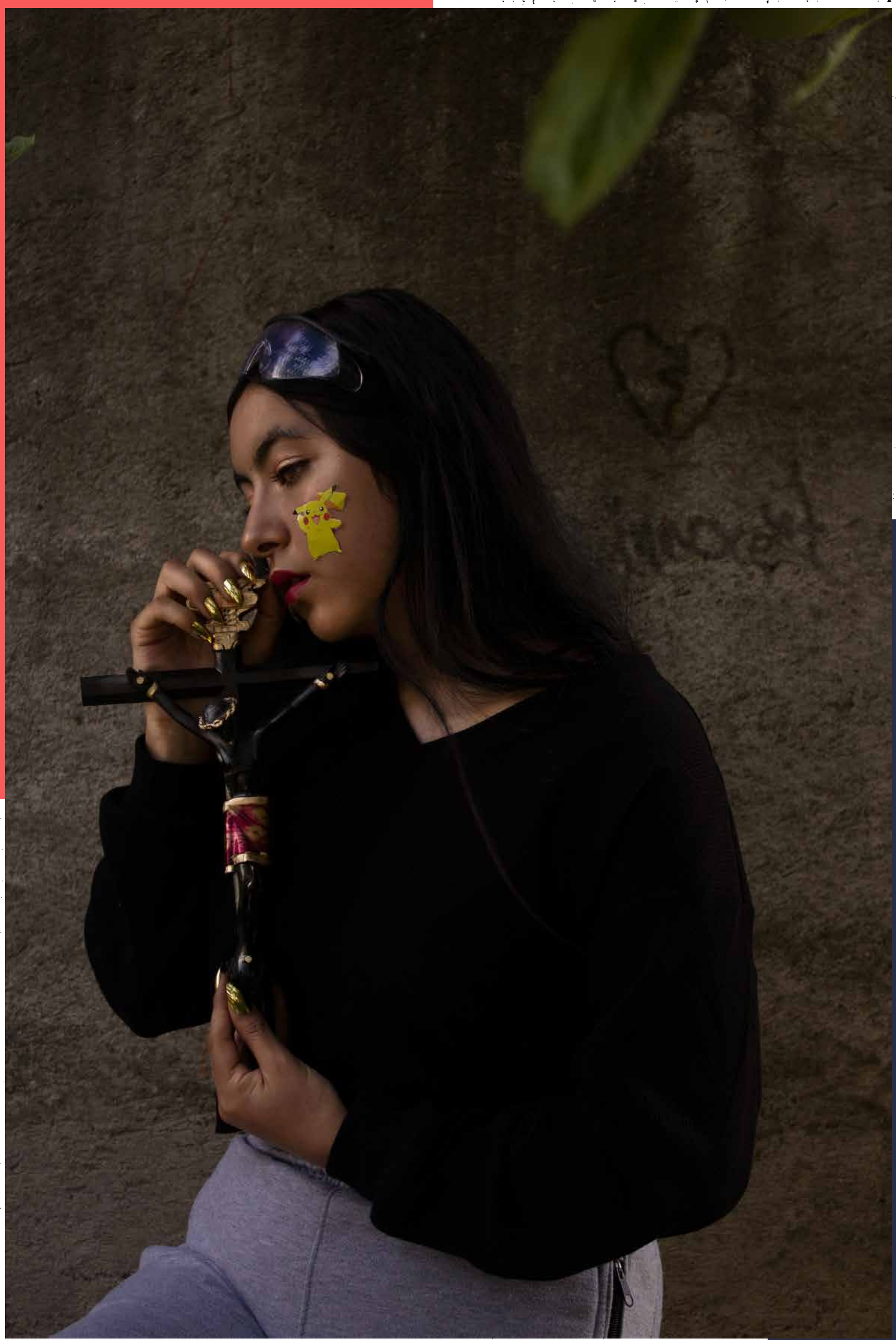
> Más allá de una idealización del pasado, la nostalgia muestra, a su vez, un malestar profundo con el presente. Mark Fisher encuentra manifestaciones de esta nostalgia desde el nacimiento de lo que identifica junto a Berardi como la lenta cancelación del futuro de finales de los setenta e inicios de los ochenta. En tanto, la nostalgia brota ante la imposibilidad de proyectar futuros y la insatisfacción de un presente que se vive más como un bucle que produce agotamiento y sensación de finitud permanente.
>
> En este contexto la nostalgia se manifiesta de formas distintas. Una de ellas es como una forma consumista, donde lo retro y lo *vintage* nos conectan con ese pasado idealizado. Aquí hay, curiosamente, un potencial técnico en el que gestos como el accionar de una cámara analógica y la aguja de un tocadiscos nos remiten a una pausa y contemplación que fueron abandonadas con el impulso tecnológico innovador del cambio de siglo. Sin embargo, hay poco potencial político, la nostalgia es un lugar seguro al que habitar.
>
> Otra forma de nostalgia contemporánea es políticamente más activa, pero es riesgosa. Consiste en el acto de mirar acríticamente formas políticas del pasado y buscar repetirlas; sin considerar el caudal de experiencias, eventos, fracturas y conmociones que han ocurrido en los años recientes.
>
> También hay otra nostalgia. Otra que surgió desde la misma fractura y que desde entonces proyectó a la grieta originada como el único espacio habitable en medio de futuros apagados

y pasados que parecen repetirse. En esa nostalgia la ironía es forma de expresión y supervivencia. Las melodías son constantes, frías y precisas. Esta es una nostalgia que no busca explicar ni celebrar nada, pero que nos acompaña mientras caminamos y quizá bailamos sobre los escombros de todos los futuros muertos sobre los que nos movemos a diario. En esta nostalgia no hay ninguna certeza, salvo quizá la de que todo lo que alguna vez irradió fuerza y vitalidad siempre muere. Pero esta nostalgia cree fervientemente en los fantasmas.

Por último, cabe señalar que el Encuentro de Posturas Críticas no es un grupo prefijado de personas, sino que pertenece a todxs lxs *encontrantes* y se mantiene siempre abierto, dejando a total disposición lo que se ha producido hasta el momento, con la finalidad de que el proyecto pueda continuar, con la forma que el conjunto de *encontrantes* decida. En ese sentido, si a alguien le interesa participar u organizar otro encuentro y le gustaría hacer uso de lo que se ha producido hasta el momento, se puede poner en contacto con los últimos organizadores mediante la página de Facebook "Encuentro de Posturas Críticas" (https://www.facebook.com/profile.php?id=61554673207927) o mediante el correo: encuentrodeposturascriticas@gmail.com

Brenda Tapia

IG: @_brendatapia



Cádiz

Técnica: Fotografía e intervención digital.

Lugar: Michoacán, Mx.

Año: 2021

ENSAYO

La escuela, ¿transformarla o desarticularla?

Edwin Ricardo Bravo Verdugo

Introducción

En la actualidad la escuela vive una contradicción (Ovejero, 2023), ya que se habla de que la educación es el medio para construir una ciudadanía con capacidad crítica y cualidades para formar una sociedad democrática. Sin embargo, se observan prácticas autoritarias y nada democráticas dentro de las instituciones educativas. De esta manera, las escuelas presentan un discurso, pero sus prácticas difieren completamente de los fines expresados en este.

Partiendo de lo anterior, se puede retornar a la visión de Bourdieu y Passeron (1970/2022), quienes señalaron la función de las escuelas como medio de reproducción social. Es decir, estos autores proponen que las escuelas son un medio por el cual se logra reproducir el *habitus* (prácticas, creencias, ideología, etc.) de los sectores dominantes con el fin último de mantener el *statu quo*.

En ese sentido, la escuela (y la educación emanada de ella) solo cumpliría una función de dominación social. A pesar de lo anterior, Ovejero (2023) señala que la contradicción que vive la escuela lleva a que la educación pueda ser opresora o emancipadora. Es en ese tenor que han emergido distintas posturas sobre lo que se puede realizar con la educación y, principalmente, con la escuela. Si bien, se podría abordar un sinfín de propuestas, en el presente trabajo se hablará de dos visiones en particular: la visión de la educación problematizadora de Paulo Freire y la idea de la desescolarización de Ivan Illich.

Tal comparativa parte del hecho de que dichos autores tienen visiones contrapuestas. Por un lado, Freire habla de una transformación de la escuela; mientras que Illich apuesta por la desaparición de los espacios escolarizados. De esta forma, se busca responder a la pregunta que titula el presente texto. Para ello se presenta una

visión panorámica de la propuesta de cada autor, aunque también se abordarán las posibles implicaciones y limitantes que puede presentar cada una. Esto teniendo en consideración lo señalado por McLaren (2011), sobre que cualquier cosa que enfrenta al sistema dominante puede ser captada por el mismo, desvirtuada y usada a su favor.

Paulo Freire y la educación problematizadora

Si bien la producción de Freire es bastante amplia, la obra que da la pincelada inicial a su visión pedagógica es *Pedagogía del oprimido* (1970/2022), propuesta que sería revisada y profundizada especialmente en *Pedagogía de la esperanza* (1993/2022), aunque no únicamente en ese texto.

En *Pedagogía del oprimido*, Freire (1970/2022) criticaba a la educación a la cual calificaba como bancaria, esto debido a que se pensaba al estudiantado como recipientes vacíos que había que llenar con conocimiento. De esta forma, se subestimaba el conocimiento del que eran poseedoras las personas, viéndolo como algo menor o sin importancia. Sumado a ello, se reducía el rol del estudiantado a ser entes pasivos que recibían el conocimiento "legítimo" por parte del profesorado, el cual era una figura incuestionable.

Debido a esto, Freire (1970/2022, 1993/2022) señala que las personas pierden su capacidad de reflexión y acción frente a la realidad que viven. Dejan de ser agentes que tienen injerencia en el devenir histórico de la sociedad de la que forman parte. Por ello, Freire postula que la educación debe devolver dicho rol a las personas de clases populares. Para ello apuesta por una educación que permita a las personas cuestionar la realidad de la cual forman parte, poniendo en duda el orden establecido. A esto es lo que llama educación problematizadora.

Sin embargo, su propuesta no se libra de limitaciones y problemáticas. Hay dos aspectos que el mismo Freire (1997) llegó a seña-

lar en vida: (1) la reducción de su propuesta a un método y (2) un sesgo de género en el lenguaje de su propuesta. En lo que respecta a lo primero, Freire llegó a observar que la manera en que se hablaba de la educación problematizadora era como una serie de técnicas o métodos a aplicar de forma homogénea en todos los lugares. Cuando, según él mismo, su propuesta hacía uso de técnicas "tradicionales", pero lo que cambiaba era la perspectiva desde la que se empleaban (Freire, 1997, 1993/2022). Es decir, se podía usar la técnica expositiva, pero no con la intención de "llenar recipientes vacíos", sino de buscar entablar un diálogo entre los conocimientos de educandos y educadores.

En lo que respecta al sesgo de género, Freire (1997, 1993/2022) llegó a mencionar críticas que se le hicieron por hablar de "hombres" para referirse a las personas en general. Esto tiene implicaciones, ya que deja de lado formas de opresión específicas que viven las mujeres y les invisibiliza bajo una experiencia masculina homogénea. Sobre la homogeneización, también llegó a recibir críticas debido a hablar de "oprimidos" de forma general, ya que se decía que esto era una categoría ambigua y que no arrojaba luz sobre formas particulares de opresión, como sería la opresión de carácter económico (Freire, 1993/2022).

Ivan Illich y la desescolarización

Desde la óptica de Illich (1968/2013), Latinoamérica no necesita más escuelas para lograr la universalización de la educación en la población. De hecho, llega a ver a las escuelas como establecimientos que promueven lógicas meritocráticas y que, a través del impulso de ciertos sectores poblacionales socialmente privilegiados, se ha establecido a las escuelas como instituciones indispensables, aunque estas solo sirvan a los intereses de sectores privilegiados.

Debido a lo anterior, Illich (1970/2013) llega a plantear una desescolarización de la sociedad. Sin embargo, contrario a lo que podía pensarse, la propuesta no apuntaba a la desaparición de la educación, sino de las instituciones escolares. Tal desaparición era justificada por la manera en que las escuelas solo parecían servir a las clases dominantes y permitían mantener cierto control sobre las clases populares, además de transmitir los conocimientos que la clase dominante consideraba pertinentes, dejando de lado cualquier otro tipo de saber.

Para reemplazar a la escuela, Illich (1970/2013) propuso redes de servicios educativos. Específicamente propuso cuatro tipos de servicios: (1) de referencia de objetos de aprendizaje, (2) de habilidades, (3) de búsqueda de compañeros y (4) de educadores profesionales. Para Illich estos servicios compondrían un abanico de posibilidades a las cuales toda la población tendría acceso para educarse en distintos temas y habilidades de forma directa con personas que conocen del tema o ejercen la habilidad en cuestión.

Sin embargo, la propuesta de Illich tampoco está libre de limitaciones. Un ejemplo de esto lo menciona Plá (2020), quien señala que grupos ultraconservadores de derecha han llegado a defender la desescolarización, no en pos de la emancipación, sino de educar a sus hijxs como les plazca. Esto en el sentido de evitar que las infancias accedan a ciertos conocimientos que les pueden incomodar; como es la educación sexual o cualquier aspecto que cuestione a posturas religiosas que se oponen a los derechos de ciertos sectores poblacionales.

Sumado a lo anterior, la desescolarización corre el riesgo de perpetuar el orden social. Ya que, si las personas no llegan a acceder a algún conocimiento a través de las redes de servicios, por el motivo que sea, es fácilmente captable por las narrativas individualizantes de los problemas sociales, por lo que se podría reducir la falta de cierto conocimiento o habilidad a una cuestión individual de “no buscar” en cierto servicio, invisibilizando problemáticas estructurales subyacentes.

Algunas ideas para reflexionar, pero no concluir ni terminar

Hasta este punto se han retomado (superficialmente, claro) dos posturas distintas sobre qué hacer con la escuela. Sin embargo, se ha resaltado que ninguna está libre de limitaciones y que incluso pueden ser retomadas por el sistema dominante para usarlas a su favor. En ese sentido, podría surgir la pregunta: entonces, ¿ninguna sirve?

Antes de responder esta pregunta y la que titula el presente texto, se quisiera retomar un ejercicio mental muy famoso. El conocido ejercicio mental del gato de Schrödinger plantea (dicho de una forma muy vaga) que si se pusiera a un gato en una caja junto a un dial que contiene un isótopo radiactivo, se puede tener uno de dos resultados: el gato vive si el dial no se rompe o el gato muere si el dial se rompe. Pero lo que plantea Schrödinger es que, para ciertas interpretaciones de la física, el gato está vivo y muerto mientras la caja no se abra y se corrobore el resultado. De esta forma se observa una cualidad de los fenómenos físicos, solo se puede obtener un resultado y este es el único que importa.

Se retoma este ejercicio mental, ya que los fenómenos sociales tienen una diferencia medular con los fenómenos físicos, más de una cosa puede ocurrir al mismo tiempo. Es en ese sentido en que se puede responder a las preguntas que están en el aire: ¿las posturas de Freire e Illich no sirven?, ¿qué hacer con la escuela, transformarla o desarticularla? Y las respuestas que se pueden dar son “sí y no, no y sí” y “ambas”, respectivamente. Es decir, las posturas de Freire e Illich sirven y no sirven al mismo tiempo; hay que transformar la escuela y también desarticularla.

Lo que se quiere señalar en estas últimas líneas, es que ninguna postura, sobre todo si se considera crítica, es una respuesta última. Además, las posturas críticas no son recetas ni fórmulas mágicas, sino invitaciones a pensar más allá y, sobre todo, hacer más allá. En ese sentido, las propuestas de Freire y de Illich pueden

servir en ciertas condiciones y no servir en otras. Por lo cual, se puede transformar la escuela para aprovechar sus potencialidades y evitar los problemas de la desescolarización, pero al mismo tiempo se pueden generar espacios educativos desescolarizados para aprovechar sus potencialidades y combatir los problemas causados por los espacios escolarizados.

Al usar ambas propuestas en distintos espacios, conociendo sus virtudes y sus problemas, se podrá generar algo nuevo e impensado hasta el momento. Esto es fundamental, pues como señala Maritza Montero (2004) la crítica siempre implica que las cosas no son de una sola manera, sino que hay varias posibilidades; la crítica no tiene una forma ni contenido predeterminados, sino que se va elaborando. Al realizar y ejecutar una crítica se debe tener en mente lo que reza el poema de Antonio Machado “caminante no hay camino, se hace camino al andar”. En otras palabras, se podría decir que no hay respuesta, sino que la respuesta se va construyendo en el transcurso de hacer frente a los problemas sociales.

Referencias

Bourdieu, P. & Passeron, J. -C. (2022). *La reproducción: elementos para una teoría del sistema educativo*. Siglo XXI. (Obra original publicada en 1970).

Freire, P. (1997). *Política y educación*. Siglo XXI.

Freire, P. (2022). *Pedagogía de la esperanza. Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. (Obra original publicada en 1993)

Freire, P. (2022). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. (Obra original publicada en 1970)

Illich, I. (2013). La sociedad desescolarizada. En V. Borremans & J. Sicilia (comps.), *Obras reunidas volumen I*. Fondo de Cultura Económica. (obra original publicada en 1970)

Illich, I. (2013). La vaca sagrada. En V. Borremans & J. Sicilia (comps.), *Obras reunidas volumen I*. Fondo de Cultura Económica.

(obra original publicada en 1968)

McLaren, P. (2011). *El Che Guevara, Paulo Freire y la pedagogía de la revolución*. Siglo XXI.

Montero, M. (2004). Relaciones entre psicología social comunitaria, psicología crítica y psicología de la liberación: Una respuesta latinoamericana. *Psykhe, 13*(2), 17-28. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=96713202

Ovejero, A. (2023). Escuela y democracia: el neoliberalismo contra la educación superior. *Revista Internacional de Educación y Análisis Social Crítico Mañé, Ferrer & Swartz, 1*(2), 56-72. https://doi.org/10.51896/easc.v1i2.333

Plá, S. (2020). Apología por la escuela. *Perfiles Educativos, XLII*(170), 5-12. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13271692015

Brenda Tapia

IG: @_brendatapia

Sagrada

Técnica: Fotografía e intervención digital.

Lugar: Michoacán, Mx.

Año: 2022

LOS TESTIGOS DE MADIGAN

Crímenes de Estado, guerra y muerte: movimiento del 68, Ayotzinapa y el rancho Izaguirre

Ana Karen Sánchez Reyes

Resumen: El presente trabajo busca establecer un correlato entre diversos acontecimientos que han atravesado la historia de México a lo largo de las últimas décadas, a partir del análisis de tres momentos cruciales: el movimiento estudiantil del 68, la desaparición forzada de los estudiantes de Ayotzinapa y el caso reciente del rancho Izaguirre. Estos episodios, atravesados por la muerte y la opresión, revelan la persistencia de una violencia estructural. Asimismo, se aborda la operación de una guerra invisible que subyuga a la población y ha impactado de manera particular a la clase trabajadora, sin dejar de lado la complicidad del Estado en la generación de las condiciones que permiten la reproducción de estas prácticas profundamente catastróficas.

En el contexto mexicano, es común encontrar referencias al folclore de la muerte, a su carácter festivo, cultural y tradicional, así como a su dimensión simbólica, trasmitida por cosmovisiones que han resistido a las visiones colonizadoras. Sin embargo, esta lectura de la muerte se ve tensionada cuando la violencia estructural y la guerra irrumpen y desgarran la vida social, desplazándola del plano simbólico al de la experiencia material y sistémica. Lo que nos lleva a preguntarnos: ¿qué pasa cuando la muerte deja de ser una representación cultural para convertirse en un dispositivo de control, administración y producción de terror?

Para acercarnos a la elaboración de una posible respuesta, resulta necesario detenernos en la concepción de la muerte y las actitudes que se constituyen en torno a ella. No es casual que los discursos predominantes que la sostienen se articulen desde la resignación. Es decir, la muerte es concebida como un desenlace necesario de la vida, incluso como una suerte de deuda con la

naturaleza que en su momento tendrá que ser saldada. Desde esta perspectiva, la muerte es vista como un fenómeno natural, incontrolable e inevitable.

Vinculadas a ello, las creencias de una vida después de la muerte, la reencarnación e incluso las vidas pasadas constituyen preceptos culturales que pueden operar como mecanismos de distanciamiento y enajenación frente a dicha realidad. Dicho de otro modo, se trata de concepciones que permiten hacer la vida más llevadera. Sin embargo, la tendencia a relegar la muerte, a excluirla de la vida cotidiana e incluso a silenciarla -al no nombrarla- nos conduce a negar la posibilidad de nuestra propia muerte. En palabras de Freud (1915): "En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad" (p. 290). Esta negación persiste, al menos, hasta que la muerte irrumpe en la experiencia; y no se trata de cualquier muerte, sino de la muerte de un ser querido, que quiebra de manera directa la realidad.

Es importante señalar que la muerte es más fácil de concebir cuando se asocia a componentes como la enfermedad o la edad geriátrica. No obstante, es evidente que las condiciones de la finitud son infinitas, lo que conlleva una búsqueda constante y la necesidad -a veces compulsiva- de elaborar un mundo que se enfrenta a esa falta. Es, en ocasiones, dice Freud:

> en el mundo de la ficción, en la literatura, en el teatro, donde tenemos que buscar el sustituto de lo que falta a la vida. Ahí todavía hallamos hombres que saben morir, y aun que perpetran la muerte de otro. Y solamente ahí se cumple la condición bajo la cual podríamos reconciliarnos con la muerte. (1915, p. 292).

Es por medio de estos mecanismos de elaboración que la muerte deviene, en cierta, medida tolerable.

Pero ¿qué sucede cuando la ficción supera la realidad, cuando el grito, el gemido y la queja son incapaces de silenciarse, por-que resuenan contundentemente en el eco de la historia, o cuando la palabra ya no alcanza para describir el acontecimiento? Entre el callar o el hablar, nos preguntamos: ¿qué sucede cuando las gue-rras lo arrebatan todo: el cuerpo, el territorio, la seguridad y la ilusión? ¿Qué sucede cuando es la guerra la que nos obliga a mirar-la, sin velo ni camuflaje, completamente desnuda?

Un ejemplo -aunque no pertenece al título, resulta inevita-ble nombrarlo- es la situación de los hermanos parisinos, donde "Los hombres mueren realmente; y ya no individuo por individuo, sino multitudes de ellos, a menudo decenas de miles un solo día." (Freud, 1915 p. 292). Tras el asedio, el genocidio y la inhumanidad, nos encontramos frente a la crueldad en su máxima expresión del capitalismo. Acontecimiento que nos impide no solo comprender que la muerte no corresponde a una contingencia; por el contrario, se sitúa en el centro de la narrativa y de la cotidianidad, de mane-ra abyecta y violenta.

Asumir que este tipo de acontecimientos son contingentes -más allá de negarlos- nos obliga a dirigir la mirada hacia la historia de muerte en México: el movimiento estudiantil del 68, la desapa-rición forzada de los compañeros de Ayotzinapa y el reciente ha-llazgo de fosas clandestinas en el rancho Izaguirre. Como en el caso de Palestina, ya no resulta sostenible pensar que todo lo re-lacionado a la muerte responde únicamente a las contingencias, aunque estas ofrezcan vías de tramitación que permitan soste-ner el imaginario frente a la amenaza latente de un desgarro de la realidad. Ya lo decía Freud "al que se salvó quizá lo alcance un segundo proyectil, y la acumulación pone fin a la impresión de lo contingente" (1915, p. 292). Es por ello por lo que, cuando la muerte irrumpe en la vida con la violencia que caracteriza a la guerra, se instala la amenaza constante de ser el siguiente.

Es esta amenaza la que nos permite pensarnos en un contexto que fabrica una guerra invisible en su estructura y, a su vez, con resultados materiales; es decir, un contexto que propicia crímenes de Estado. Tal es el caso de los estudiantes del 68, acontecimiento también conocido como "la matanza de Tlatelolco", el cual representa de manera abrupta la respuesta de un gobierno ante la búsqueda del respeto, la preservación y protección de un derecho fundamental: el derecho a la educación.

Cuarenta y seis años después de la matanza en Tlatelolco, el gobierno de México -nuevamente en manos del PRI (Partido Revolucionario Institucional)- cometió otro crimen de Estado al desaparecer 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural "Raúl Isidros Burgos", quienes se dirigían Ciudad de México para participar en la marcha conmemorativa de los estudiantes asesinados el 2 de octubre de 1968.

Aunque pudiera parecer un hecho aislado, no podemos dejar de lado el caso del rancho Izaguirre ni dejar de considerarlo un crimen de Estado. Estos crímenes no deben entenderse únicamente desde la perspectiva en la que los delitos son cometidos por grupos paramilitares bajo la complicidad del Estado, mediante asesinatos, exterminios, desapariciones forzadas, desplazamientos forzados, persecución, tortura, etc., en contra de la población civil por motivos sociales, políticos, económicos, religiosos o culturales. Más bien, es necesario enfatizar y problematizar la omisión y la responsabilidad de los gobiernos ante estos acontecimientos.

Es interesante la visión que tiene Freud del Estado. Señala que "los pueblos están, más o menos, representados por los Estados que ellos forman; y estos Estados, por los gobiernos que los rigen" (1915, p. 281). Hasta aquí no parece haber nada especialmente relevante; sin embargo, más adelante afirma "el Estado prohíbe al individuo recurrir a la injusticia, no porque quiera eliminarla,

sino porque pretende monopolizarla" (1915, p. 281). Entonces, si los individuos se ven representados por sus Estados y sus gobiernos, estos les exigen obediencia al sacrificio, incitados a tomar las armas en tiempo de guerra y les prohíben cometer injusticias en tiempo de paz. No obstante, resulta ineludible preguntarse: ¿qué sucede cuando es el Estado quien ejecuta las injusticias en tiempos de paz?

Como se ha venido señalando, estos tres acontecimientos no solo han azotado al pueblo mexicano, sino que también han atravesado la memoria colectiva -como muchos otros-, dejando a su paso estragos silenciosos.

Aquella característica que hace converger estos tres sucesos es que ocurrieron en un periodo considerado "de paz", pues no había tanques, bombas ni fusiles; al contrario, predominaba la rutina, la cotidianidad y la familiaridad. Sin embargo, la brutalidad con la que la guerra nos enfrenta a la muerte, mientras arrasa con todo y "destroza los lazos comunitarios entre los pueblos empeñados en el combate y amenaza dejar como secuela un encono que por largo tiempo impedirá restablecerlos" (Freud,1915, p. 280), no desaparece en estos contextos aparentemente pacíficos.

Esta guerra invisible ha mostrado que, como estudiantes, obreros y trabajadores, corremos la misma suerte. Aun así, pese a nuestra cercanía con la muerte, nos alejamos de ella como sujetos y como sociedad, pues es la muerte del otro la que nos hace apreciar la posibilidad de la propia.

A pesar del desgarro que la guerra deja a su paso, es la ilusión la que habilita ciertas vías de tramitación; de tomarse la muerte en su radical naturalidad esta sería insoportable. Tal vez por ello resulta más común encontrarnos con discursos alusivos a las muertes ocurridas en otros países o en otros periodos históricos que con aquellas que atraviesan nuestro propio tiempo y espacio. O, en su

defecto, nos enfrentamos a profundos silencios, ya que, cuando la guerra ha quitado el habla a quienes la recuerdan, hablarla implica asumir su existencia como fin último, como falta propia; es, en cierto sentido, asumir la mortalidad.

Referencia

Freud, S. (1915/2003). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 14, pp. 273-304). Buenos Aires: Amorrortu.

Bailar sobre los escombros.

El postpunk como banda sonora del interregno postsoviético

Mario Gutiérrez Díaz

Introducción

Algunas épocas tienen himnos vacíos, otras tienen ecos. El interregno postsoviético, originado tras el fin del socialismo real, es una de ellas. Hablamos de un tiempo suspendido, donde lo viejo colapsa y lo nuevo aún no tiene forma. Entre ruinas demasiado recientes, fábricas apagadas y ciudades que parecían vivir en un eterno amanecer metálico, surgió una sensibilidad que no buscaba celebrar nada, sino registrar el vacío. Y ahí, casi de forma natural, el postpunk encontró su territorio. El postpunk no explicó el colapso, lo acompañó. Funcionó como un sismógrafo emocional del fin de siglo, como una tecnología afectiva que registró lo que las narrativas políticas no podían decir: la intemperie subjetiva, el vértigo de no tener horizonte, la sensación de que la historia se había detenido pero seguíamos avanzando a trompicones.

Pensar hoy el postpunk en relación con el interregno postsoviético no es un ejercicio de mera nostalgia: es reconocer que tal vez seguimos viviendo allí, en un presente sin garantías, donde el futuro se volvió un ruido de fondo. Escuchar esa banda sonora es volver a oír el zumbido persistente de un mundo que se cae, y que, sin embargo, sigue sonando.

El interregno postsoviético

El término *interregno* se utilizaba habitualmente para referirse al lapso temporal entre la muerte de un monarca y el ascenso del sucesor. Este era uno de los pocos periodos en los que se podía vislumbrar alguna alteración dentro de un orden generalmente bastante monolítico y cerrado. Los periodos de interregno solían presentarse como ligeras pausas legales, pues se asumía que la nueva autoridad debía emitir su propio orden legal, lo que conllevaría la supresión y creación de distintas leyes (Bauman, 2012).

En los *Cuadernos de la cárcel*, Antonio Gramsci toma este concepto y brinda una nueva dimensión de él a través de su aplicación

como parte de su análisis de las crisis políticas. El interregno en Gramsci se vuelve más complejo que la simple pausa en una transición segura dentro del mismo marco político de su noción original. El pensador italiano lo convierte en un periodo en el que la autoridad anterior languidece, perdiendo toda su autoridad ante la masa, y la oposición no está preparada para configurar un nuevo marco de sentido. En palabras de Gramsci: "muere lo viejo sin que pueda nacer lo nuevo, y en ese interregno ocurren los más diversos fenómenos morbosos" (Gramsci, 2017).

El interregno postsoviético encierra ambos fracasos: el soviético que no pudo sostenerse y el liberal que en diez años reventó por completo a una sociedad que no quiso saber nada más de privatizaciones y modelos occidentales. El interregno postsoviético es el tiempo donde se sintetiza el colapso de los dos grandes proyectos de la modernidad: liberalismo y comunismo, y en el cual no se vislumbra ningún tipo de alternativa alcanzable.

Es posible distinguir dos niveles dentro de la ruptura generalizada ocurrida en la antigua Unión Soviética durante la caída del orden comunista y el fracaso de la implementación del liberalismo occidental. El primer nivel opera en la superficie y se observa en la dislocación de la realidad material de los individuos. El segundo, opera de forma abstracta, a partir de las conceptualizaciones temporales formuladas por ambos proyectos políticos: el comunista y el liberal.

Podemos caracterizar al trauma histórico, siguiendo a Sabina Loringa, como un "colapso brutal del mundo ordinario". Un acontecimiento en el que se extiende un sentimiento generalizado de inseguridad, se fracturan los tejidos sociales y se deslocaliza la orientación espacio-temporal. En este contexto, además, la condición humana se degrada, se rompe el ideal de la humanidad, al tiempo que las "tendencias más destructivas proliferan" (Loringa, 2018, p. 104).

El acontecimiento traumático, siguiendo con la lectura de Loringa, se encuentra fuera del "orden temporal" y fuera de cualquier capacidad de comprensión y articulación. Se trata de un "excedente de sentido" que "no puede ser recuperado ni comunicado sin distorsión". El carácter indómito del trauma le imposibilita, en un primer momento, el ser integrado en el plano consciente, y, por lo tanto, el convertirlo en un relato claro y ordenado de los eventos. "El acontecimiento traumático es registrado más que experimentado" (Loringa, 2018, p. 98).

De acuerdo al investigador Daniil Anikin la sociedad postsoviética lleva consigo una carga traumática profunda, producto del "trágico" desarrollo del siglo XX, el cual le ofreció múltiples experiencias donde el orden de las cosas colapsaba y surgía uno nuevo, no sin un proceso largo y doloroso de por medio (Anikin, 2021).

El postpunk y lo postsoviético como grietas temporales

Cuando se habla de lo postsoviético, nos referimos a las coyunturas espacio-temporales abiertas tras la inesperada desarticulación de la URSS entre 1989 y 1991. Si existe un sonido que ha acompañado la experiencia postsoviética en estos más de treinta años desde el colapso de la URSS es el postpunk, con todas sus derivaciones (Van Nguyen, 2022). Pensar en el postpunk en sí mismo nos permite generar algunas reflexiones sobre lo post y las transiciones. No existe una fragmentación temporal clara entre ambos fenómenos (punk y postpunk). No existió un momento en el que el punk simplemente terminó y dejó de existir para dar paso al postpunk. Por el contrario, a mediados de los años setenta (1976-1977), ambos géneros coincidieron temporalmente y lo han hecho desde entonces. Señala la musicóloga Mimi Haddon que puede resultar más conveniente aproximarse al postpunk a partir de un orden discur-

sivo más que a claras distinciones temporales o sonoras. Más que el fin de algo y el comienzo de otra cosa, se trató de una cierta re-significación del espacio del punk. La música se permitió ser más experimental y con una distinta sensibilidad estética vino también otra implicación política, mucho más pesimista que activista (Haddon, 2020). Asimismo, el fin de la Unión Soviética no resultó en una transición natural e inmediata de un estado a otro, sino en el inicio de un complejo proceso de resignificación que sigue hasta nuestros días y que ha traído consigo una serie de manifestaciones discursivas. En este proceso de resignificación abierto lo nuevo convive con lo antiguo y lo soviético se mantiene latente, participando en la configuración de nuevos sentidos e identidades.

Mark Fisher destaca el carácter y la dimensión temporal de una banda como Joy Division que parece encajar perfectamente con el espíritu depresivo de nuestra época: "Desde el comienzo, su obra estuvo ensombrecida por una profunda aprensión, una sensación de que el futuro estaba clausurado, de que todas las certezas se habían disuelto, de que solo había una creciente melancolía por delante" (Fisher, 2013, p. 87). Joy Division tuvo una existencia breve y el periodo en el que se vincula con mayor precisión a la banda es entre 1979 y 1980, momento de su mayor madurez musical y la intensificación de sus grabaciones y actuaciones en vivo. Dicho periodo coincide con el auge de gobiernos neoliberales que terminarían por concretar un dominio global. Este periodo representa la transición de un orden fordista, socialdemócrata e industrial por uno neoliberal, consumista e informático. Lo que Mark Fisher, siguiendo a Franco Berardi, identificaría como el inicio de la lenta cancelación del futuro que ha venido desplegándose hasta ahora (Fisher, 2013).

Joy Division sería el sonido que acompañaría a esta transición; la melodía de todo aquello que se prometió y nunca fue. El sonido de la pérdida asumida como una herida siempre abierta. La figura misteriosa de Ian Curtis añade mística a la banda. La voz doliente de un tipo que nunca pareció pertenecer del todo a su tiempo aña-

de capas de profundidad a la dimensión temporal del género al que ayudó a dar forma. Después de Curtis, el postpunk será inherentemente fatalista y melancólico.

Postpunk ruso y sovietwave: sonidos espectrales y las múltiples caras de la nostalgia

Molchat Doma se ha convertido en el rostro más visible de un colectivo de bandas como Nürnberg (también nacida en Bielorrusia), Ploho, Buerak y muchas otras, surgidas en países postsoviéticos y que habitualmente se agrupan bajo la etiqueta de "postpunk ruso". Se distinguen por un sonido nítido y preciso que recuerda directamente al primer postpunk y, además, contiene la misma carga melancólica.

La música de Molchat Doma parece musicalizar ese enorme vacío dejado y del que hablar directamente sigue siendo problemático. De alguna forma, en esta banda encontramos una clara continuación tanto estética, musical y espiritual de dos referentes del postpunk transicional entre lo soviético y lo postsoviético, pues Molchat Doma preserva el ímpetu salvaje de Kinó y es tan cáustico y lúcido como Nautilus Pompilus. A través de bandas como Molchat Doma, el postpunk postsoviético sigue hablando desde la misma herida abierta a finales de los ochenta. Cuando todo se desmoronó y lo único que quedó fue el absoluto vacío.

Es importante distinguir este postpunk de otra manifestación sonora postsoviética que, a inicios de la década de dos mil diez, comenzó a etiquetarse de forma genérica como *sovietwave*. El *sovietwave* puede describirse menos como un género musical cerrado y más como una sensibilidad estética y temporal: una forma de escuchar el pasado soviético desde el presente, no para celebrarlo ni para condenarlo, sino para habitar su fantasma. El *sovietwave* es una música de baja intensidad emocional que convierte los restos sonoros y visuales de la modernidad soviética en un paisaje melancólico, suspendido entre la promesa utópica y su ruina. Funciona

como una forma de *hauntología* postsoviética: recupera sonidos que prometían el futuro (sintetizadores, coros, música institucional), pero los reubica en un presente donde ese futuro nunca llegó.

Si el postpunk expresa el desencanto vivido en tiempo real, el *sovietwave* expresa el desencanto recordado, cuyo sonido parece venir de una cinta vieja o de una transmisión lejana, como si estuviera atravesando capas de polvo y tiempo. Uno nace del colapso. El otro nace del recuerdo del colapso. Visto como algo lejano y ya inaccesible. Podemos, en tanto, considerar al *sovietwave*, en gran medida, como un fenómeno postsoviético tardío, de alcance global, que habita principalmente espacios digitales. Lo que hace posible su reproducción desde el espacio postsoviético y fuera de él. El *sovietwave* escucha el pasado soviético como ruina estética, mientras que el postpunk de Molchat Doma y otras bandas lo habita como herencia emocional; no reciclando el pasado, sino continuando una tensión que nunca se resolvió.

Más allá de una idealización del pasado, la nostalgia muestra, a su vez, un malestar profundo con el presente. Mark Fisher encuentra manifestaciones de esta nostalgia desde el nacimiento de lo que identifica junto a Berardi como la lenta cancelación del futuro de finales de los setenta e inicios de los ochenta. En tanto, la nostalgia brota ante la imposibilidad de proyectar futuros y la insatisfacción de un presente que se vive más como un bucle que produce agotamiento y sensación de finitud permanente.

En este contexto la nostalgia se manifiesta de formas distintas. Una de ellas es como una forma consumista, donde lo retro y lo *vintage* nos conectan con ese pasado idealizado. Aquí hay, curiosamente, un potencial técnico en el que gestos como el accionar de una cámara analógica y la aguja de un tocadiscos nos remiten a una pausa y contemplación que fueron abandonadas con el impulso tecnológico innovador del cambio de siglo. Sin embargo, hay poco potencial político, la nostalgia es un lugar seguro al que habitar.

Otra forma de nostalgia contemporánea es políticamente más activa, pero es riesgosa. Consiste en el acto de mirar acríticamente formas políticas del pasado y buscar repetirlas; sin considerar el caudal de experiencias, eventos, fracturas y conmociones que han ocurrido en los años recientes.

También hay otra nostalgia. Otra que surgió desde la misma fractura y que desde entonces proyectó a la grieta originada como el único espacio habitable en medio de futuros apagados y pasados que parecen repetirse. En esa nostalgia la ironía es forma de expresión y supervivencia. Las melodías son constantes, frías y precisas. Esta es una nostalgia que no busca explicar ni celebrar nada, pero que nos acompaña mientras caminamos y quizá bailamos sobre los escombros de todos los futuros muertos sobre los que nos movemos a diario. En esta nostalgia no hay ninguna certeza, salvo quizá la de que todo lo que alguna vez irradió fuerza y vitalidad siempre muere. Pero, esta nostalgia cree fervientemente en los fantasmas.

Referencias

Anikin, D. (2021). Traumatization of the Past and Martyrological Thinking in the Soviet Union and the Post-Soviet Space. *Folklore*. 83, 47-62

Bauman, Z. (2012). Times of Interregnum. *Ethics & Global Politics*. 5 (1). 49-56

Fisher, M. (2013). *Los fantasmas de mi vida: escritos sobre depresión hauntología y futuros perdidos*. Caja Negra

Gramsci, A. (2017). *Escritos. Antología*. Alianza editorial

Haddon, M. (2020). *What is Post Punk? Genre and Identity in Avant-Garde Popular Music 1977-1982*. University of Michigan Press

Loringa, S. (2018). Sobre el trauma histórico. *Pasajes*. 54. 92-110

Van Nguyen, D. (Trad. Valentín Huarte). (2022). La nostalgia soviética tiene banda sonora. *Jacobin América Latina*